

**hablemos
de...**



RAMIRO GARZA

Ediciones Castillo

**hablemos
de...**

RAMIRO GARZA

**hablemos
de...**

EDICIONES



S.A. DE C.V.
MONTERREY
NUEVO LEON
MEXICO
1 9 9 0

DISEÑO DE PORTADA:
Mauro Machuca

DIAGRAMACION:
Luz Bertha Rodriguez

CORRECCION DE ESTILO:
Tanya de Hoyos

“HABLEMOS DE...”
DERECHOS RESERVADOS POR EL AUTOR 1977

© Ramiro Garza

© 5a. EDICION 1990
Ediciones Castillo, S.A. de C.V.
Av. Morelos Ote. No. 451-A
Monterrey, N.L.
México

Miembro de la Cámara Nacional
de la Industria Editorial Mexicana
ISBN 968-6635-19-X

Prohibida la reproducción parcial o total
de la esta obra por cualquier medio o método
sin autorización por escrito del editor.

Impreso en México - Printed in México

A mi hijo Jaime, el incansable explorador de lo que es un personaje.

También para Ana Sylvia, Ricardo, Mariana y Sebastián, parte entrañable de mi vida.

A todo aquel ser que haya tenido cerca un micrófono, un corazón amigo o cierta clase de silencio, para hablarse a sí mismo.

El autor.

A manera de prólogo

Es costumbre en los prólogos la aclaración, el elogio, la disculpa y desde luego, la posible orientación para el lector hacia el contenido de la obra.

En esta ocasión, este casi prólogo sirve para agradecer a todos los que han hecho posible que estos "Hablemos de" adquieran la aceptación que han tenido.

Estos textos, nacidos para ser lectura radiofónica en 1974, en XEX, dentro de su programación noticiosa, se convirtieron en artículos periodísticos del "No-roeste" de Culiacán, Sinaloa, gracias al apoyo de su fundador y director, Lic. Silvino Silva Lozano.

No tiene mayor mérito que el de expresar, a vue-lamáquina, ideas y emociones, ocurrencias y reflexio-nes que todos llevamos dentro y que unas cuantas le-tras nos hacen recordar.

En estos tiempos en los que la tecnología nos de-vora con novedades asombrosas de la ciencia para no tener fin, tiempos de cambio y crisis. Que estas pági-

nas sean como un paréntesis sencillo de meditación, momentos para mirar, hacia dentro, hacia nosotros mismos, hacia ese universo por descubrir siempre que es nuestra intimidad.

Si en algo ayudan para sentirnos más cerca de los demás, si algo apoyan a la difícil virtud diaria de soportarnos los unos a los otros, ya cumplieron su cometido. Porque hablar es lo propio del hombre, por ello vale la pena comprender, a través de unas palabras, que aún es posible la dignidad humana y cada día, puede encerrar un minuto de comprensión sincera.

Ramiro Garza

El circo de la vida

“¡Pasen...! ¡Pasen a ver la existencia de los hombres...! ¡Esta función y la otra por un solo boleto! ¡Pasen al circo, es de tres pistas...! ¡Hay boletos para todos!”

Es muy cierto. Nuestra vida muchas veces se parece a un circo y la función es parte de nuestra existencia.

¿No te has sentido alguna vez en el trapecio de la ilusión, dando el triple salto mortal sobre un amor sin red ni protección alguna...?

¿No te has encerrado en la jaula de los leones, tus prójimos, tratando, con una débil silla de argumentos y un látigo de palabras, demostrar que eres domador de pasiones, negocios...?

¿Acaso no te ha tocado descubrir las risas de todos junto a ti, las carcajadas sonoras, los ojos brillantes...? ¡Y luego, te diste cuenta que tú estabas detrás del maquillaje del payaso!

¿No te has sentido orgulloso de hacer malabarismos con tus propias acciones, jugando a que no se te cae ni un aro de palabras, ni un plato de lentejas, ni una pelota de amargura, ni un sombrero de politiquería?

¿No negarás que te has subido en los zancos de la vanidad para parecer más alto, en la bicicleta desarmable del orgullo para parecer más rápido, en la cuerda floja de la ambición para parecer más fuerte...?

¿Pasen, pasen al circo de la vida...! Total, esta función tan sólo dura unos cuantos años... quizá mañana sea el gran final, ese de los circos viejos, en el que los payasos eran perseguidos por alguien vestido de los pies a la cabeza de calavera sonriente.

¿Ya encontraste tu papel...?

¿Te estás sonriendo del papel que desempeña el prójimo...?

Mejor toma lo que te toca y hazlo bien. Ya en el circo hasta los enanos son felices, cuando no desean hacer el papel de “los hombres más altos del mundo...”.

Te invito desde hoy al verdadero circo de la vida. Recuerda que en las tres pistas de siempre, la juventud, la madurez y la ancianidad, siempre hay algo que hacer... Y tenemos que hacerlo, lo mejor posible.

Porque para este circo de la vida no hay público cariñoso. Hay sólo un juez inflexible, al que crucificamos cruelmente durante una función equivocada, hace ya muchos siglos.

¡El venía a redimir el circo, a convertirlo en diálogo de amor...!

La naturalidad

Nadie le concede crédito de virtud, nadie le ha dado título de disciplina, a nadie se le ha ocurrido hacerla parte de una profesión humana. Diríamos que es como el agua, que debe estar en todas partes, pero sólo se nota que existe cuando falta. Es, amigos nuestros, la naturalidad.

Podemos pensar que es una forma de vivir, de acuerdo a lo acostumbrado por las leyes del cosmos. La naturalidad no encierra otro prodigio que el de acompañarnos en el equilibrio, ayudarnos en la vida diaria y auxiliarnos con su viento de frescura en los momentos de confusión y caos.

Hace siglos un filósofo chino, Chuang Tsé, escribió esta pequeña fábula: “¿Qué entiendes (preguntó el espíritu del río) por lo natural y lo artificial...? Los caballos y los bueyes, contestó el espíritu del océano, tienen cuatro patas. Eso es natural. Pon un cabetro sobre la cabeza de un caballo o pasa una cuerda por la nariz de un toro, eso es artificial”. Por lo tanto se ha dicho: “No dejes que lo artificial se sobreponga

a lo natural. No dejes que el deseo se sobreponga a lo natural. No dejes que la virtud se sacrifique a la fama. Observa estos preceptos con naturalidad y sin temor al fracaso y serás guiado a la verdad". Palabras del sabio Chuang Tsé que transparentan su anhelo de autenticidad.

Ser natural es buscar lo que nos pertenece, sin pretensión alguna. Sin agregarnos el ropaje inútil, la palabra que sobra, la joya que distrae o el gesto que provoca la desesperación de los demás. ¿Has visto y sentido cómo son el agua, el viento, el sol, el trino de un pájaro, el vuelo de una golondrina...? Son naturaleza, ése es el secreto de su inmortalidad.

Lo artificial, lo postizo, lo agregado inútilmente, pasa pronto. Porque pretenden ser verdad y son mentira. Hay cosas artificiales necesarias, que nos compensan una falla o un defecto. Esas, es natural que las usemos; lo que no es natural es que hagamos de lo artificial un completo sistema de vida.

En la idea, en la palabra, en la acción, seamos naturales. Tratemos de serlo al menos, que ya es un principio de sinceridad. El arte es un trabajo estético válido, pero no lo es lo artificial. También hay obras de arte naturales, auténticas, humanamente valederas, no artificiales.

Lo que no podemos permitirnos es vivir en el artificio, vivir de lo artificial, porque esconde la verdad, corroe el alma, debilita la mente y nos prepara a ser hombres o mujeres esclavos de la apariencia, madre insaciable de la vanidad y de la pequeñez del espíritu.

Un centavo de ilusiones

En estos tiempos de dime cuánto tienes y te diré cuánto vales, creo que dan ganas de asomarse a un supermercado o a una tienda cualquiera y entrar con el deseo de hacer la compra más ingenua e imposible de este mundo: un centavo de ilusiones.

Porque ya no sabe uno si lo que menos vale en la Tierra es un centavo o un puñado de ilusiones. Un centavo, un céntimo, un centésimo de algo que es tan risible, que ni para la limosna sirve. Si alguien nos pide caridad y le damos un centavo, puede ofenderse; eso no es caridad, es una burla simple.

¿Y las ilusiones? Bien, gracias. Son como las alas del hombre que ya han perdido su capacidad de elevación. Las ilusiones en este tiempo de computadoras, estadísticas y promedios, son algo así como las sombras mágicas que proyecta un ángel de la guarda, que no se atreve a mostrarse porque inmediatamente habría tres o cuatro ciencias que le “demostrarían” su absoluta inexistencia. ¿Qué diablos tiene que hacer un ángel de la guarda en estas épocas en las que hay más

criminales que crímenes por cometer...?

Por eso dan muchas ganas de ir al super, silbando una canción desconocida, mirando escaparates sin mirarlos, entrar y exigirle al encargado: "Me urge que me diga en dónde está el departamento de ilusiones, quiero un centavo de ellas". El gerente de piso quizá abra los ojos sorprendido, quizá sonría amablemente con gesto compasivo, quizá arquee las cejas y pida más seriedad por parte nuestra, pero...

¡Hay que comprar, en algún lado de la ciudad, aunque sea un centavo de ilusiones!

Porque si Francisco de Asís viviera en nuestro siglo, haría lo mismo y batallaría más que nosotros. No lo dejarían entrar, por vago y malviviente, pero me imagino que él insistiría: "Quiero un centavo de ilusiones".

¿Y saben para qué...? Para regalárselo al primer niño que encuentre, al primer hombre solitario que espera un autobús que nunca llega, a la primera mujer cuya mirada dice lo lejano del amor y lo ausente de la dicha.

A ver, ¿qué millonario de este mundo es capaz de poner en sus tiendas de multiservicios, en sus cadenas de supermercados, esa extraña mercancía tan barata y tan urgente...? ¿Acaso usted, amigo nuestro? Dígame por favor, ¿en dónde encuentro la manera de comprar un sencillo centavo de puras ilusiones?

Ese berrinche diario

Sí, todos lo padecemos. Es ese rato de mal humor en que parece que estalla el mundo; ese rato en que deseamos huir y desaparecer en el espacio. Ya no se puede más, la paciencia se agota y... ¡hacemos el coraje nuestro de cada día!

Que si las deudas, que si el trabajo, que si los niños o la salud. Cualquier pretexto es bueno. Lo importante es que el hígado funcione y nos recete una dosis de bilis que nos convierta en asesinos en potencia: “¡Podría ahorcar a alguien en este mismo instante!”

“¡Calma...! Calma y nos amanecemos”. Eso dice un viejo refrán español. Calma, que quien puede contar hasta diez antes de insultar a alguien, ya no lo insulta; es más, hasta puede llegar a comprenderlo. La ira es manantial de problemas, la violencia es madre del arrepentimiento, la furia es adorno de los cobardes.

Analízate, ¿qué es tu problema enfrente de los problemas de los demás? Te desesperas porque se te

descompuso el coche. ¿Y quiénes andan a pie, bajo el calor y la lluvia? Te irritas por tu mala salud. ¿Y quiénes tienen la enfermedad incurable y aún sonríen? Te sobresaltas porque no te alcanza el dinero. ¿Y los que mendigan para comer en este día?

Alguien recomendó que cuando estuviéramos al borde del grito y de la ira hiciéramos un pequeño ejercicio: ver hacia abajo. Contemplar a quienes por debajo de nuestra condición padecen lo mismo o parecidas cosas, sin queja alguna. Nuestro error es ver hacia arriba; cuando nos falta un peso miramos al millonario; cuando estamos cansados, miramos al ocioso.

¡Qué infantiles! Miremos a quienes viven nuestro propio dolor, pero con una sonrisa en los labios. ¡A quienes sólo tienen un centavo, a quienes siguen doblando turno para poder comer!

En verdad que el mundo cambia de color, cuando nosotros cambiamos nuestra manera de mirar al mundo. Ese berrinche diario se nos hace costumbre, se transmite al prójimo, lo copian los niños y los ancianos lo repiten, es contagioso y molesto; además, es inútil.

A la hora de tu coraje diario, razona; cuenta hasta diez, sonríe. Toma una dosis alegre de paciencia y cambiará tu mundo. En vez de gente muy irritada y hosca a tu alrededor, encontrarás gente sorprendida por tu capacidad de amor y sonreirás con ella. Entenderás que la ira, la violencia, la desesperación, deben ser sacadas del alma, como animales venenosos. Haz desde hoy a tu cerebro el domador de tu hígado y empezarás a ser feliz.

El imperio del polvo

Si nos quitaran toda el agua de nuestro organismo, toda, sólo quedaría de nosotros un breve polvo químico, que cabría en una cajita de cerillos y valdría, según los concedores, no más de tres pesos.

El polvo es nuestro principio, nuestro fin, nuestro poema y nuestra realidad. El nos rodea, nos persigue, nos enamora y nos pervive. En forma imperceptible se nos acumula encima del cuerpo y del alma, alrededor del recuerdo y junto a toda esperanza posible. Aquella frase de los miércoles de ceniza: “Polvo eres y en polvo te convertirás”, parece ser no sólo una verdad, sino todo un destino deslumbrante.

No lo vemos y nos devora, no lo sentimos y nos asfixia, no lo atrapamos y nos encierra. Extraña ubicuidad, extraña forma de existencia muda que conduce a una sola palabra: nada.

Polvo muerte-vida, visible invisibilidad, recordado, olvidado y porque no, telar maravilloso de la humanidad viviente, en el que se dibuja a través de los

años, la vanidad del poder, de la gloria y de la edad.

Lo cantan los poetas, lo analizan los químicos, lo persiguen los escrupulosos, lo dignifican los sabios, lo provocan los políticos, lo usan los libros como adorno sin fin; lo rechazan quienes valen tanto como él: ¿Cuántas veces, después de un instante verdadero de pensamiento vivo, quedamos hechos... polvo?

Hermano de la ceniza amenazante, primo del lodo redentor, padre inmemorial de los cementerios adecuados, hijo del propio olvido y amante de las telarañas invencibles, es el rey de la creación. ¡La última palabra que valdrá sobre el planeta Tierra!

Los que entienden de amor, lo aman sobre las cartas viejas y amarillas; los que no saben de envidia, lo santifican sobre sus manos encallecidas; los que llevan sobre su alma la vanidad y el orgullo, le temen más que al demonio, porque les recuerda lo que dura su altanería cotidiana y estúpida.

Polvo hermano, diría San Francisco. Polvo sabio, exclamaría Santo Tomás. Polvo amigo, según afirmó Santa Teresa de Avila, hojeando libros de fresca poesía. Polvo. Camino y fin. Origen y presencia. Realidad que de tan real, no existe para todos. ¡Sólo para quienes recuerdan olvidando!

Nuestras contradicciones

No cabe duda que somos seres contradictorios. Los humanos nos especializamos en pensar una cosa y hacer otra, en decir blanco y repetir negro; vivimos encerrados en contradicción permanente, a veces trágicamente.

El señor Delgado generalmente es gordo. El señor Cabello es calvo. La señora Dolores es más alegre cada día. El señor Blanco es morenísimo, así como la señora Diosdado nos resultó atea. Y qué decir del señor Moreno... ¡es rubio! y de la señora Paz, ¡es la misma guerra!

Junto a estas contradicciones juguetonas, hay otras un poco más serias: las del mundo interior. Decidimos hacer el bien desde este día y se nos atraviesan tres oportunidades diarias de fastidiar al prójimo. Una o dos de ellas, las aprovechamos. Hacemos el propósito de ahorrar y gastamos cuanto antes lo que ya casi ganamos. Y con el firme deseo de hacer las paces con aquel enemigo gratuito, nos peleamos con dos más, para no perder la costumbre.

Nos contradecimos cuando precisamente hacemos lo contrario de lo que decimos; no hay ángel ni diablo que nos saque de este infierno en miniatura, que nos hace el “hazmerreír” de nuestro prójimo sensato y nos convierte en hoja al viento, voluntad zigzagueada por los incidentes del día.

¿No recuerdan a aquellos pintores despedidos de su trabajo por tener en sus labios comunes cigarrillos...? ¡Claro! Estaban pintando un enorme letrero que decía: “No fumar”

Haz lo posible por no contradecirte, por hacer lo que dices, por pensar correctamente lo que vas a hacer, por hacer lo que piensas, día tras día, educa tu corazón a conectarse con tu cerebro y a tu cerebro a ordenar a tu corazón.

Dice el refrán: “Del plato a la boca se cae la sopa...”, yo agregaría: “por nuestras contradicciones. Porque ¡íbamos a hacer tal cosa...! Ya estábamos a punto de realizar esta otra...”, pero... en estas cuatro letras, puede encerrarse el fracaso de un espíritu de buena intención “pero...” se hizo lo contrario, se realizó otra cosa.

No te contradigas, afirmate en lo que dijiste, haz lo que pensabas hacer. Sólo con este ejercicio lograrás conquistar tu ideal que se hace, precisamente de afirmaciones y negaciones, nunca de contradicciones.

Si te equivocas, borrón y cuenta nueva. Porque quien se detiene a justificar un error de ayer, se arriesga a no conocer la verdad de mañana.

La multitud solitaria

Está ahí. Somos parte de ella, la forman hombres y mujeres que viven por vivir, sin más aliento que buscar comida y distraerse un rato. Multitud que se forma insensiblemente, ajena a lo que puede ser un valor supremo en la vida, una manera de descubrir el verdadero rostro del amor, atada a una rutina triste y fría. Es la que no ve más allá de la mecánica simple: nacer, crecer, reproducirse o morir.

Sociólogos, psicólogos, la persiguen para analizarla, para sacarle un contenido, un porqué, un para qué. Se estrellan con algo extraño: una niebla de seres humanos que al intentar atraparlos, se escapan entre los dedos como jirones de sombra. Ellos y ellas viven al margen de lo personal, de lo individual pleno, son... multitud; están solos.

En toda ciudad hay gente triste; hay personas que no alcanzan a definirse como seres propios, valorados. Caen, poco a poco, en la ubicación gris y desvaneciente de la multitud solitaria. Cuando se dan cuenta, ya son algo más en medio de algo que no entienden qué es; siguen angustiados y a solas ese ritmo de vida que ani-

quila y deshace toda voluntad.

Cuidemos de ser alguien que ingrese a la red de incomunicados, ajenos a los demás. La soledad es saludable, en cuanto permite nuestra evolución íntima, pero si esa soledad se acrecienta y se multiplica sin cesar, caeremos fácilmente en las garras del aislamiento crónico, de una soledad ya no benéfica, sino venenosa y al mismo tiempo, inquietante.

Hablar de algo que tenemos en común, vivir conviviendo un hecho amable, decirle al que nos acompaña cosas sencillas, pero auténticas “Eso” vence la intimidad sagrada. Leer un libro juntos, tener un tema de conversación que vibre, como pequeña luz entre los demás y nosotros mismos. Eso ya nos identificará, nos apartará de aquello monótono y gris, de aquello solo y desgastado; de eso a lo que han dado en llamar multitud solitaria.

La palabra, la idea, la emoción, todo se debe compartir; al repartirse con afecto, se multiplican en su fuerza y en su virtud enaltecedora. Total, la vida es algo como una pequeña moneda, que debe gastarse como la única, pero nunca guardarse como la irrecuperable, no tirarse como la cosa inútil. Moneda circulante, precisa, necesaria a los demás y a nosotros. Símbolo de algo que nos prestaron y tendremos que regresar con réditos justos, claros, cotidianos y eternos.

El prodigio de nacer

Nacer es un milagro, pero como se repite tantas miles de veces al día en todo el mundo, ya nos parece cosa natural. Nacer sigue siendo un prodigio; nacemos de dos células microscópicas que, creciendo en el seno de nuestra madre, evolucionan hasta darnos la totalidad de un organismo que funciona con todas las posibilidades abiertas a la realidad.

Nacemos biológicamente en el momento de la unión celular, masculina y femenina. Nacemos prácticamente al llegar a la Tierra, desprendiéndonos del cordón umbilical de nuestras madres, respirando por nosotros mismos y buscando alimento en forma instintiva. Ese nacer sigue siendo un proceso de trascendencia única y la naturaleza con su perfección y su universo de fenómenos biológicos. Todo ya hecho, ya estable, ya previsto, salvo en casos verdaderamente especiales.

El prodigio de nacer no lo agradecemos suficientemente en toda la vida, ni siquiera muriendo dignamente. Porque nacer es como aparecer en el cosmos,

con toda la irritación psicológica suficiente para decir: "aquí estoy" a través del arte, de la ciencia, de la religión o de la vida práctica. Nacer es algo que hicimos tú y yo, pero que ni yo, ni tú hemos meditado suficientemente. Somos seres creados, fundados en el cosmos de la existencia, a través de dos células que contenían ya, programado y definido nuestro edificio orgánico.

Lentamente, a través de los años, este edificio orgánico que somos tú y yo, se ha ido llenando de realidades y fantasmas, de apariciones, testimonios y deseos. Algún día, allá en nuestra niñez o adolescencia, nacimos por segunda vez. Logramos el prodigio que anhelaba Sócrates, dimos a luz nuestra conciencia, nuestro uso de razón. El filósofo griego, al educar a los niños y a los jóvenes, se llamaba a sí mismo y con humildad "partero de almas".

El primer nacimiento fue inconsciente, el segundo debe ser consciente. El orgánico es un nacer que acarrea la inercia celular. El psicológico es un nacer que provocamos y nos provocan, hasta lograrlo. Triste es decirlo, pero hay almas que no nacen al uso de la razón, almas germinales, larvarias, incompletas. Almas que no nacen definitivamente. ¿Podemos ser tú o yo una de ellas!

El prodigio de nacer debe ser consumado. Nacer por segunda vez, al uso de la razón, de la conciencia, del primer grito del espíritu. A eso debemos de aspirar, con honradez y valor, día tras día. De lo contrario, aunque parezca increíble, moriremos sin haber nacido, habremos desaprovechado el prodigio de un verdadero nacimiento al que necesitamos llegar, para realizarnos como seres humanos.

Nacer y renacer, de ahí el secreto para vencer a la muerte; no morirá jamás quien haya nacido al mundo del espíritu, de la inteligencia, de los eternos valores, mundo que nos pertenece más allá del tiempo y del espacio, mundo que somos y necesitamos llegar, para realizarnos como seres humanos.

Nuestros oficios

Un oficio es una ocupación que tiende a perfeccionarse, un trabajo que se realiza con conocimiento de causa, buscando una realización adecuada. Todos en esta vida desarrollamos diferentes oficios, estamos obligados a saber cuál es, sobre la Tierra, nuestro verdadero oficio.

Oficiar es vivir, convivir, sobrevivir. El oficio más humilde merece el respeto más grande. Cuando se es barrendero o presidente, cuando se es cirujano o lavaplatos, cuando se es madre de familia o embajadora, todo se sintetiza en hacer bien las cosas que uno hace.

¿Qué oficio tienes tú? ¿Acaso eres el buscador de oficios? ¿Ya sabes qué hacer bien y qué no hacer en esta vida? ¿Pintas bien la pared que te encargaron? ¿Escribes bien la palabra que pensabas? ¿Sonríes o regañas como debe ser?

Un oficio tras mucho practicarse, puede llegar a

ser una verdadera profesión; empiezas por clavar clavos y cortar madera, continúas haciendo bancos, mesas y sillas. Si tu capacidad e inquietud lo justifican, acabarás realizando obras de arte con la madera; de carpintero o ebanista, a escultor o diseñador de maravillosas construcciones artísticas.

Yo conozco a muchos que han empezado cuidando cabras, barriendo pisos, abriendo y cerrando puertas, lavando ropa o pintando paredes, quienes gracias a que desarrollaron perseverantemente la gracia de su oficio, han llegado a ser gente grande, gente enorme, gente llena de luz para sí misma y para sus semejantes. En mis ratos de tristeza o depresión, evoco y recuerdo a esos humildes que día tras día construyeron su vida a base de trabajo, silencio y amor.

No importa lo que tú hagas, hazlo bien, haz lo que haces, concéntrate en que si partes piedras se partan bien; si lavas perros se laven bien; si guisas algo se guise bien. No te imaginas los buenos resultados que significan millares de días oscuros al servicio de algo tan sencillo y tan común como un oficio diario.

Si estudias, estudia bien; si enseñas, hazlo con todo el amor del mundo. No importa quién seas ni en dónde estés, hay un prójimo que espera de tu oficio algo positivo y hermoso. Si estás en la completa soledad recuerda que siempre hay otro a quién beneficiar; ese otro eres tú mismo, el que merece un respeto que se subraya interminablemente por todo lo que llega a sufrir en busca de su redención.

Cuida tu oficio y recuerda que si lo dominas, serás fuerte y pensarás claro. No olvides la verdad del

adagio: “Ni abajo del mundo ni arriba de la ley, que cada quien en su oficio es rey”.

El poder de la infancia

Cuentan que Temístocles, un general ateniense que gobernaba Grecia, llamó un día a su hijo de siete años y le dijo: “Hijo mío, eres el ser más poderoso de la Tierra...”. El niño ingenuamente preguntó: “¿Por qué, padre?” A lo que el general respondió, entre pensativo y sonriente: “Porque yo gobierno al mundo, tu madre me gobierna a mí y tú gobiernas a tu madre”.

No deja de tener claridad esa vieja anécdota de hace siglos. Lo que dice un niño es sagrado; los padres lo saben. El poder de la infancia es tal, que son innumerables las vidas ofrendadas por salvar la vida de los niños.

El adulto vivió ya, tiene un ciclo vital cumplido o al menos desarrollado en gran parte; el niño reclama para sí la posibilidad de ser, la necesidad de ir a través del tiempo, desarrollando su propia manera de existir.

La infancia tiene sobre el adulto un poder mágico. Saber que así fuimos todos, ingenuos y felices, nos

hace caer en algo así como el remordimiento y la nostalgia, entre la desesperación y la ternura.

Hay en la infancia una fuerza definitiva que persuade, inunda y arrastra; es la virginal manera de contemplar el mundo. Ahí estamos los adultos en el dilema de querer ver los hijos así, inocentes y confiados y por otra parte, tener que hacerles conscientes de lo que es la realidad, no apta precisamente para ángeles o para pájaros cantores.

El poder de la infancia debe ser aprovechado, nutrido por magias superiores y precisas. Por fuerzas que maduren, orienten y fecunden ese deseo simple de vivir; somos los responsables ante ellos si no les damos, junto con el calor de padres amorosos, la seguridad de un mundo más digno y suficiente.

El niño es la explosión de la vida. El adulto la vida explotada ya, hecha pedazos en el camino de la experiencia, juntar unos cuantos pedazos con algo de amor y poder decir a un niño: “Ten, hijo mío, es lo que yo aprendí, ojalá te sirva para no equivocarte”. Eso es humano y necesario.

Cultivemos con respeto, luminosidad y confianza, a la niñez del mundo. De eso no nos habremos de arrepentir jamás.

La importancia de las pocas pulgas

La pulga es un animal simbólico. Nadie lo ve, pero molesta mucho; alrededor de ella se desata un mundo interesante: “Cuidado con fulanito, es de muy pocas pulgas...”.

¿Qué acaso menganito, por ser más aguantador y paciente, tiene ya muchas pulgas...? Enigmas de la historia. El mal carácter, el hígado infeliz, el berrinche a flor de labio, encierra la idea de las pocas pulgas.

¿Y cuando decimos que al perro más flaco se le cargan las pulgas...? Ah, entonces queremos decir que los fregados en este mundo somos pulguientos. ¡Qué poco poético es todo esto...! pero es real.

Si quieres defender tu tiempo, tu manera de pensar, tus decisiones vitales, espántate las pulgas; quédate con pocas. Aunque no te puedan ver los adulares, aunque ya no te saluden los caravaneros, convéncete que las pulgas que tú tienes son escasas y de buena calidad.

Si no me crees, haz lo contrario. Déjate invadir

tiempo y dinero, permite que los demás te acorralen con alabanzas gratuitas y te arrebaten lo que te pertenece, llámese dinero o sueño. Entonces te despertarás un día rascándote el corazón desesperado: “¡Ya no aguanto esta vida! Mejor sería vivir como ermitaño que en medio de tanta soledad tan bien vestida, rodeado de tanta palabra sin significado, acosado por tanto aullar de lobos que pretenden sonreír...”.

Si eres de los que piensan que el hombre es el mejor amigo del perro, cuídate. El perro vive feliz, el infeliz es uno que necesita del perro. ¿Y las pulgas? Brincan, brincan de un espinazo a otro, sin piedad y sin destino. El perro es el mejor amigo del hombre, bien, hasta ahí. El agua de los ríos va hacia el mar y nunca el mar ha tenido la intención de ir, cuesta arriba, a conquistar las montañas.

Tú eres un océano de posibilidades, eres, si así lo deseas, un perro cazador de estrellas; un perro que persigue los dibujos de la luna en el camino, un perro que vigila una casa llamada eternidad, esperando que se abra su puerta, porque un día...

Noble animal, hermoso animal el perro, símbolo de fidelidad y vigilia. Ojalá algunos de mis amigos tuvieran su entereza, alegría y serenidad. Pocas pulgas tendrían en el lomo y muchas, muchas ilusiones en eso que se llama corazón.

Comunicación contigo

En este siglo estamos enterados de lo que pasa a millones de kilómetros, sobre la superficie de la luna y al otro lado del mundo. En ocasiones no sabemos qué pasa con quien está a nuestro alrededor, ni lo que sucede dentro de nosotros mismos.

La técnica nos deslumbra, nos despista. Apretamos un botón y sabemos todo lo ajeno, pero ignoramos lo propio. No hay botón todavía que apretar para descubrir el "conócete a ti mismo". No hay pantalla de televisión o computadora que nos haga conscientes de la verdadera comunicación. La que necesitamos para explorar ese mundo interior del vecino, del compañero de trabajo, de quien algo nos compra o algo nos da.

Lo humano es definitivo, es esencial. Necesitamos hallarlo en el objeto que acarrearán nuestras manos, en la moneda que intercambia nuestra necesidad, en el saludo de alguien que creemos desconocido, pero que es, al fin y al cabo, un alguien como nosotros. Un alguien que busca la propia comunicación.

Ve más allá de lo que ven tus ojos, piensa que los objetos que te rodean encierran un secreto de vivencia humana. Un peine, una loción, una pequeña toalla, un espejo quizá... ¡son tan importantes en un momento dado!

Gracias a lo pequeño, alguien sonrío. Alguien te mira y dice: "Gracias".

Ese es el valor de las cosas, el valor que va más allá de las cosas mismas. Al comprar, compramos una ilusión, no un producto. Al vender damos ensueño, no sólo materia.

De ahí que el comercio tenga un ángulo de nobleza que necesitamos descubrir y estimular. Porque somos, al fin y al cabo, economía. Gente que da y recibe, gente que compra y vende, gente que debe aprovechar el pretexto de una transacción para encontrar amigos.

En la antigua Roma el cliente era el conocido, el amigo, alguien con quien se conversaba siempre; la clientela no era una masa oscura e informe, sino un grupo de personas conocidas a quienes se debía respeto siempre.

La comunicación está también en el comercio, por más sencillo que sea; detrás de ese dar y recibir deberá haber siempre un comunicar. Porque quien algo nos deja de bienestar material, tiene también el ansia de recibir algo de espíritu.

¡Bienaventurado quien descubra el alma de las cosas para dar, alguna vez, cosas del alma!

La ocupación y la preocupación

Decía el gran pensador Ortega y Gasset que era muy diferente estar ocupado a estar preocupado; es que preocuparse es angustiarse antes de la ocupación y ocuparse es comenzar a destruir la angustia de no hacer nada, haciendo algo de provecho. Afirma la máxima del santo: “Haz lo que haces”, es decir, ocúpate, no te preocupes. La preocupación paraliza la mente y los actos, cuando es exagerada; la ocupación desahoga el espíritu y el cuerpo, cuando es acertada.

Según los psicólogos amantes de la estadística, más de la mitad de las cosas por las que nos preocupamos nunca suceden. Sólo acosan nuestra imaginación, excitándola al desastre, por ello la recomendación de pensar algo útil, positivo o saludable. Nuestro subconsciente sabe más que nosotros; él encuentra la salida para ese problema, la mejoría para esa enfermedad y la resignación para esa pérdida irreparable.

Una antigua máxima china afirma: “No te preocupes nunca. Si tu mal tiene remedio ¿para qué lloras...? si no tiene remedio alguno, ¿qué ganas con

llorar...?”

Sabia advertencia milenaria; conviene poner en las manos de Dios nuestros problemas, al mismo tiempo que luchamos por solucionarlos. Pero luchar no es amedrentarse; dejarse acorralar por la preocupación sólo encuentra fantasmas y desesperaciones. La ocupación es energía que libera y se convierte en búsqueda de soluciones.

La lección del fracaso

Sí, es cierto, siempre aspiramos al triunfo, peor, a veces... fracasamos. No es que nos persiga el destino o se cumpla una maldición, o se cierna sobre nosotros un terrible castigo; es simplemente eso, fracasamos.

En el amor, en el negocio, en el juego... podemos fracasar; eso es parte del aprendizaje de nuestra existencia, de nuestra diaria sorpresa de vivir. No poder lograr lo que deseábamos, no cuajar aquel proyecto, sentir que se nos va esa oportunidad. ¡Bendito sea el fracaso!

Pero no el permanente y desalentador, sino el que nos sirve para ver más alto, pensar más hondo, sentir más claro. Bendito el fracaso que nos da la oportunidad de sentirnos más humanos, más humildes, más cercanos a la sencillez necesaria que en el mundo ha sido de los grandes.

Fracasaron muchos antes que nosotros. Fracaso Leonardo da Vinci, no pudo construir un aeroplano.

Fracasó Dante, no logró conquistar a Beatriz. Fracasó también Cristóbal Colón, regresó a España cargado de cadenas y la tierra que descubrió lleva otro nombre... También fracasó Beethoven, su *Novena Sinfonía* la compuso casi en la miseria y jamás la escuchó, ya estaba totalmente sordo...

Pero todos esos fracasos fueron aparentes porque dejaron la semilla de un triunfo maravilloso sobre el tiempo y el espacio. Gracias a ellos floreció la verdad, al paso de los años.

Esa es la lección del fracaso, cuando se enfrenta uno con sinceridad a él, florece en beneficios de experiencia, fortaleza y energía nueva e inagotable. Los grandes fracasos de la historia son deslumbrantes, aprendamos de ellos. Nuestros "fracasos" cotidianos pueden ser, no sombras llorosas, sino chispas de verdadera luz.

El olvido

Para hablar del olvido, hay que recordar muchas cosas. Entre ellas una: el olvido es necesario para sobrevivir. Si recordáramos todo lo que pasa, afirma un psicólogo, enloqueceríamos perdiendo, al poco tiempo, la razón. Hay un extraño mecanismo que nos protege de la locura, mecanismo que va archivando, por decirlo así, nuestros recuerdos, para que no floten desordenadamente en nuestra conciencia.

Olvidar es morir un poco, pero sobrevivir también. Dijo el filósofo Molnar: “hasta que no hayas olvidado todo, no habrás terminado con los asuntos de la Tierra. Morir no basta...”. Recordemos con qué mansedumbre universal Jesús perdonó nuestras injurias en la cruz, olvidándose de todo: “Perdónalos, Señor, no saben lo que hacen...”.

El inconsciente guarda para nosotros todo recuerdo, está disponible ahí, para cuando lo necesitamos; no nos importuna con su presencia, si nuestra vida afectiva es normal. Cuando enfermamos psicológicamente, no podemos olvidar o recordar.

Nuestra existencia es un paso continuo entre el olvido y el recuerdo: se nos olvida un papel, un amor, un pañuelo, un amigo. Recordamos aquella fecha inútil, o aquel amor ingrato, o este negocio amargo o aquel momento de ternura. Somos eso, un tejido de memoria y olvido, volando al viento de los años...

Cuando somos pequeños, todos se preocupan por enseñarnos a recordar las tablas de multiplicar, las capitales del mundo, los nombres de los animales... pero nadie nos enseña a olvidar; ese aprendizaje doloroso lo tenemos que iniciar solos.

Resulta irónico, cuando al fin de nuestra vida nos resignamos a olvidarlo todo, en el instante de morir, nos dicen los psicólogos ;recordamos en un solo instante toda nuestra vida...!

“Recordar es vivir...” y... “Vivir es olvidar...”
¡Qué contraste...!

Hagamos del recuerdo y del olvido instrumentos útiles en los dedos del destino. Vale más que tengamos algo bueno que recordar y pocas cosas que quisiéramos olvidar, así nuestro corazón estará dispuesto al examen instantáneo de toda nuestra vida y también a olvidar aquello en que caímos, aquello en que demostramos nuestra pequeñez, nuestra soberbia, nuestra debilidad.

Recordemos lo que dijo Cervantes: “El olvido es un don del cielo...”. ¡Aprovechémoslo!

La mujer que trabaja

Ella es. No sólo la responsable del hogar en lo emotivo y en lo cotidiano, sino la que se lanza a conquistar su propio mundo, mediante el trabajo diario y efectivo.

La mujer que trabaja mezcla su papel de entrega en casa con el papel de lucha por la superación, vence dificultades, acaba con prejuicios, libera energías largamente acumuladas en su interior y sale a trabajar.

Ganar el pan no es exclusivo de nadie, lo hacemos todos. Ella lo logrará con éxito absoluto, porque a su favor están las cualidades que de sobra conocemos: perseverancia, delicadeza, amabilidad y concentración.

No la detiene el sol, ni le estorba la lluvia, ni el frío, ni el calor. Ella hace de cada hora una hora feliz entretejiendo posibilidades, alcanzando pequeños ideales y objetivos, para llegar al éxito buscado. Ella sabe que el trabajo redime de los complejos antiguos de inferioridad, de los recelos de debilidades fantasmales.

Ella vence en batallas de este día, a los demonios absurdos que la desean sojuzgar por “débil”, por “delicada” y por “mujer”.

En este siglo, en esta vida, el combatir por superarse día a día es labor obligada; junto a sus tareas de esposa, madre y de mujer plena, asume la otra tarea mayor y más tremenda: la tarea de libertad por el trabajo.

La mujer que trabaja es ángel vengador de culpas ciegas, herencias grises, de maldiciones legendarias que jamás debieron aceptarse.

Ella surge como figura triunfal y sonriente para ejemplo de cobardes e inútiles que la aíslan en trabajos de hogares eternos, sin permitirle descubrir un mundo posible por conquistar cada día.

Mujer que trabajas, yo te admiro. Te admiro por decidirte a ser, por arrojarte al tiempo del esfuerzo, con todo un corazón cargado de ternura, con toda un alma iluminada por la ilusión de siempre, con toda la energía de ser superdotado para el amor.

Tu trabajo no sólo es redención para los tuyos, es línea divisoria entre un ayer sombrío y anticuado y el hoy, resplandeciente de oportunidad para todos. Te admiro esa capacidad de ser, toda tú, definida y central, porque te enfrentas al griterío de las horas con el silencio de tu serenidad, con el paso firme del “tendré que lograrlo”, sin detenerte nunca.

Tuyo es el mundo del amor y ahora, el mundo del trabajo. En tus manos estará no sólo el destino del

hogar, sino tu propio destino. Te has conquistado para siempre. Nadie te detendrá jamás.

El desencanto de la luna

Desde hace miles de años, la luna significaba para los humanos un territorio de misterio y fantasía. Desde la idea infantil que tenía la sombra enorme de un conejo, hasta la suposición de los enamorados de que era la confidente de penas, esperanzas e ilusiones. Ver la luna era todo un espectáculo en las noches tranquilas de la Tierra; contemplar su blancura, evocar música, poesía, suspiros y ensueños, todo era una sola cosa...

Pero los años pasan y con ellos también las ideas de la especie humana. En la dinastía Huan Ho, en China, hace más de tres mil años, un emperador decidió ir a la Luna y para ello hizo amarrar diez mil cohetes alrededor de su trono imperial, todos ellos apuntando hacia la Luna, su ansiado destino; aquel amanecer en que sus súbditos encendieron aquel sistema de transporte interplanetario, hubo una enorme explosión y la suposición de que el sabio emperador había llegado a la luna seguramente, pues no se encontró de su imperial figura ni siquiera una huella.

Cyrano de Bergerac, escritor francés del romanticismo, ideó otro sistema: hacer un enorme globo y dejarlo extendido en un campo de flores en una mañana de primavera; el rocío, al evaporarse sobre los pétalos de las flores, inflaría el globo, llevando a su feliz pasajero tan alto, que seguramente sería atraído por la Luna, enamorada de aquella hazaña sin par...

El no menos imaginativo y genial Miguel de Cervantes en la vida de Don Quijote, inventa a Clavileño, otro vehículo espacial; es un caballo de madera en el que la gente de la corte montará a Don Quijote para hacerle creer que va en un viaje a través de las estrellas, mediante el espanto de los cohetes. Hubo centellas y griterío de condes, damas de honor, bufones y gente de servicio en casa. ¿Acaso uno de los propósitos de Don Quijote, aprovechando esta increíble aventura de gran caballero, era llegar sobre los lomos de madera de Clavileño a la Luna?

¿Y después...? Después llegó el desencanto de la Luna. Los enamorados ya no la miraron como antes, los niños ya no buscan sombras mágicas en su cara, los novelistas ni la toman en cuenta y los científicos la consideran cosa del pasado.

Una gran injusticia, creo yo, una gran injusticia porque la Luna sigue siendo hermana fantástica, casi irreal; lo que nos ha fallado a nosotros es la capacidad de imaginar.

¿O acaso alguno de ustedes ha mirado, buscado, observado, meditado al amparo de la luz de la Luna, en estas noches claras de tranquilo invierno...? Pues a pesar de todo, la Luna sigue ahí, esperando a los niños que lo sean de verdad, a los poetas que se fijen

en ella y a uno que otro enamorado inocente que la comprometa en su romance inmortal. ¡Cuidado! El desencanto de la Luna... ¿No será nuestro propio desencanto?

La extraña voluntad

Los griegos, hace muchos siglos, calificaron a la voluntad como una de las facultades clave para la humanidad. La voluntad nos permite ejecutar fielmente una decisión tomada en nuestro interior y nos abre el campo de la acción, campo que es de tremenda importancia para la vida diaria.

Hay gente que se hace muy buenos propósitos, pero no tiene voluntad para llevarlos a cabo. Hay otros que tienen miles de ideas, pero carecen de la voluntad suficiente para materializarlas. Los hay que sueñan y nunca hacen nada, sólo idean, vislumbran, planean; bien lo dice el refrán: “Del dicho al hecho al hecho, hay mucho trecho”.

Gracias a la voluntad, todo es posible. La aplicamos a un presentimiento y nace un proyecto; la aplicamos al proyecto y resulta una realidad; ella es la fuerza generadora de lo memorable del hombre. Voluntad de vivir, voluntad de hacer reales las cosas que deseamos.

Qué formidable es recordar a aquel muchacho emprendedor, a aquella linda muchacha, quienes de estudiantes sencillos, comunes y corrientes o de empleados sin mayor importancia, nacieron a una vida independiente, feliz, llena de esfuerzos y satisfacciones; mediante la voluntad, naturalmente.

Misteriosa fuerza que se engendra en nuestro psiquismo, la voluntad es una chispa, un deseo de hacer una carga insólita que nos inclina a buscar aquello que deseamos ver frente a nosotros. En alto porcentaje, altísimo, quienes desean algo y ponen su parte de voluntad para encontrarlo, se salen con la suya.

Mediante la voluntad hallamos el camino que nos resuelve necesidades y ensueños. Voluntariamente nos entregamos a una rutina de trabajo para merecer una gratificación y voluntariamente repetimos una y otra vez algo que nos interesa, hasta que queda como lo deseamos; esa inocente voluntad es la que vale: “Un gran talento está hecho de un diez por ciento de *sapientia* y un noventa por ciento de *insistencia*”.

Tengamos la extraña voluntad de cumplir con el deber diario y nos sorprenderemos de cómo se fortalece para más amplios deberes. Quien no es grande en lo pequeño, difícilmente lo será en lo grande. Tengamos la extraña voluntad de hacer, día a día, algo más por nosotros mismos y por el prójimo; necesitamos esa extraña voluntad para obtener extraños e increíbles resultados.

El supermercado de la muerte

Hubo hace tiempo una película italiana que causó un impacto tremendo por lo que relataba sobre los médicos indignos. Esta película, *La mafia blanca*, expuso al gran público lo que la medicina podría ser, lo que es en muchísimos casos: un desalmado y cruel supermercado de la muerte.

Hay médicos y médicos, no cabe duda, pero... ¡ay de nosotros si caemos en las manos de quienes hacen de la profesión una oportunidad para juntar millones, en vez de solucionar problemas! Seremos simples moscas atrapadas en la red pegajosa del interés multiplicado.

Hay otra película reciente que describe cómo en los hospitales se aprovecha al enfermo para convertirlo en simple conejillo de indias: *Coma*, película aterradoramente que nos descubre una vez más la cortina que oculta los intereses bastardos, las intenciones miserables y los proyectos malignos.

El médico, como ser humano, pasa una vez más

al banquillo de los acusados; aunque sea una simple novela, resulta desesperante imaginarla como realidad.

Es cierto que el supermercado de la muerte tiene sus ofertas y promociones propias, es cierto que la salud en ocasiones desaparece como objetivo y es sustituida por el fantasma de la riqueza y es cierto que muchas cosas que nos costarían centavos en realidad, dentro del campo de los consultorios, de las farmacias y de los hospitales, nos salen constando miles de pesos.

Curar ha perdido su sentido original: cuidar, porque hay médicos que al descubrir una seria enfermedad, hacen cálculos de cuánto puede dejarles el enfermo; lamentablemente somos humanos. La tentación de una jugosa operación en vez de un tratamiento adecuado, es demasiado atractiva.

Hay médicos que también hacen de su profesión un diario apostolado de digna admiración: a quien puede le cobran lo justo, a quien no tiene, le dispensan la cuota y hasta le regalan las medicinas. Estos médicos ennoblecen su profesión silenciosa y cristianamente; siempre a su tiempo se les encuentra y se les reconoce. Para los otros, que esperamos siempre sean pocos, para los que atienden encantados el gran supermercado de la muerte, nuestro rechazo, nuestra reprobación.

Han convertido el juramento de Hipócrates —si es que algún día lo hicieron— en pretéxto para transformar miserablemente los microbios en monedas. Desdichado y maldito el bisturí que en vez de abrir una rendija de esperanza sólo abre despiadado y consciente, una feliz cuenta bancaria.

La fuerza de la debilidad

Todo el mundo es débil: débil es el tiempo en que vivimos, débil el papel en que se escribe la constancia de que hemos nacido, débil la gloria que logramos acumular en la vida y débil la mortaja en que se nos envuelve, para ser devorados por el tiempo. Débil es la voz de la conciencia, la razón del amor, la atracción de la carne y la ilusión de la inmortalidad.

Pero... ¿qué misteriosa fuerza se esconde detrás de esas debilidades, que ha permanecido inalterable a través de los siglos el deseo de sobrevivir, de trascender, de ir dejando una huella luminosa detrás de nuestra vida?

Veamos la gran experiencia del caracol: se arrastra lentamente, invisible casi, por la pared del jardín; de su paso sólo queda un tenue hilo mojado que, al secarse, brilla como hilo de plata a la luz del sol.

¿Hay muestra más clara de la debilidad que la del caracol terrestre? Su existencia vale unos cuantos metros, su casa se rompe hecha pedazos y de su vida sólo

queda, si acaso, aquella hebra de plata que vive otras horas a la luz del sol...

Débil es la carne, débil nuestra ambición, pero fuerte hasta la eternidad nuestro propósito. Débil fue Adán, vendiendo por un breve placer su condición de paraíso, débiles los reyes que en el mundo han sido, que han vendido por una copa de soberbia todo un mundo de paz interior y débiles quienes han dicho: “Yo soy lo definitivo, después de mí, todo será miseria...”.

La fuerza de nuestra debilidad se esconde en nuestra capacidad de ensueño, eso es lo que no se vence jamás. Soñar en algo que no tenemos, nos da la clave de la esperanza; unos soñamos con el poder terrenal, otros con el poder del espíritu pero todos, unos como el rey Midas y otros como San Agustín, soñamos lo que podemos ser y eso, como el caracol, nos lleva unos metros adelante en la pared del jardín.

Y esa hebra de plata, ¿qué era en principio...? Un simple hilo de agua densa, viscosa, inútil, despreciable. El tiempo la convierte en testimonio simple: “aquí alguien pasó y de su esfuerzo queda una esperanza”.

Hagamos de nuestra debilidad la fuerza de nuestro destino; en la pared de lo eterno, se escribirá nuestro ensueño y Dios volverá a tener misericordia de tanto caracol con sueños de águila invencible.

Cómo perder el tiempo

Desde hace años, miles de años, la gente anda preocupado por saber qué es el tiempo. Libros gruesos, conferencias largas, teorías complejas, demostraciones fantásticas, todo lo hacemos para tratar de mostrar el tiempo.

Resulta que mientras buscamos desesperadamente al tiempo, él se nos pierde, se nos escapa, se nos diluye como agua en un cedazo, como aire en la ventana, como sonido que creímos escuchar y no recordaremos nunca. Hace siglos un refrán se acuñó: “El tiempo perdido los santos lo lloran”. Sabia y enorme frase que si penetrara más frecuentemente en el cerebro, haría palpar más acertadamente al corazón.

¿Quieren una receta para perder el tiempo? Hay miles y creo que tú inventas más cada día. Yo por mi parte, he practicado cientos de formas de perder el tiempo. Pero la más terrible es la que llevamos a cabo sin darnos cuenta: matar el tiempo mientras él nos mata.

Espeluznante es la anécdota de don Juan Manuel dedicado a rondar por las noches, hace siglos, en busca de una respuesta. En un callejón y a altas horas de la noche detenía don Juan Manuel al transeúnte solitario con una clara pregunta: “Perdone su merced, ¿sabe usted qué horas son?” El interrogado respondía, por ejemplo: “Serán las once y cuarto”. “Dichoso el cristiano que sabe la hora en que va a morir”. De inmediato le asestaba una estocada en el corazón a quien, sin entender absolutamente nada, se le hacía consciente en un instante lo efímero de su existencia.

Terrible anécdota, pero ejemplar. Porque hay un momento en el que transitando nosotros solitarios por el callejón de la vida, alguien nos preguntará la hora y en ese instante tendremos conciencia no de esa hora en particular, sino de todas las horas perdidas sin remedio.

En el mundo de los negocios se afirma, se exige, se grita, que no debemos perder el tiempo. En el mundo del espíritu no hay jefe inmediato que nos exija nuestro horario de superación, somos vagos de nacimiento, ociosos por naturaleza, flojos por necesidad. Nuestra alma para echarse a andar necesita del látigo de la angustia o del dolor, del callejón sin salida, de lo irremediable.

Hermano: no perdamos más el tiempo, lo tenemos recuperado y atesorado en cada instante de nuestro existir. De este minuto, como de un grano de trigo, pueden nacer un sembradío, un prado, una llanura entera de alimento celeste. El tiempo es una medida virtual imaginaria, supuesta, viva y verdadera. Solamente cuando nuestra conciencia le exige su presencia infinita, el tiempo florece sin cesar.

Este minuto puede ser como este mundo. ¿Qué acaso nuestro planeta Tierra no es más que una simple, miserable, maravillosa y única gota de agua en el universo? No perdamos el tiempo, no perdamos la Tierra; aprendamos la magia de vivir.

Algo sobre los animales de Dios

El camaleón es torpe, pero tiene una lengua tan rápida, que atrapa una mosca a larga distancia, instantáneamente.

El rinoceronte es miope pero su fuerza puede destrozarse un automóvil con una sola embestida.

Hay una mariposa hermosísima que se disfraza con los colores de una mariposa muy venenosa, para que nadie se atreva a devorarla.

El búho o la lechuza, no saben ni siquiera hacer su propio nido, ponen sus huevos en nidos ajenos.

Contradicciones, paradojas, cosas inexplicables, pero que guardan una razón oculta. Ni los reyes tienen atornillada su corona en la cabeza, ni los mendigos son seres inútiles, ni los sabios lo saben todo, ni los ignorantes carecen de sabiduría.

Duro es decirlo, pero somos otros animales de Dios. La raza humana es celular, multiplicable, efímera, fogosa y al mismo tiempo ilusionada por una mo-

narquía en la creación, pero es raza animal, manejada por instintos, leyes y carencias.

De los otros animales de Dios, los ínfimos y a nuestro parecer estúpidos, aprendamos la lección de la vida; tengamos la humildad franciscana de entender que al fin y al cabo pocas cosas son las que en verdad entendemos.

El elefante, humillado en los circos de moda, es tan fiel como el mejor amigo y puede aplastar con su pata lo que se incomoda, o levantar con su trompa un alfiler, con la mayor delicadeza. La avispa inventó el cemento, con polvo y saliva solamente. La araña más venenosa para el hombre, carga a sus hijos en la espalda y se deja devorar por ellos para que sobrevivan.

Hay en el libro de la naturaleza capítulos que no hemos meditado todavía y si logramos comprenderlos, nosotros los animales superiores de Dios, los orgullosos y soberbios, captaremos una vez más que la humildad es la llave del cerrojo de la vida.

San Francisco de Asís no se equivocó al decir: hermano asno, hermana ave, hermano buey, hermanas hormigas, hermano lobo..., sobre todo eso: hermano lobo, lobo hermano, lobo al fin.

Los centinelas del más allá

Casi nadie los conoce, son imágenes breves, anónimas, fugaces e incomprensibles para todos. Aman la tierra, la abren, la desgarran y la hieren a pico y pala con un deseo extraño de abrir camino para el que va a llegar dentro de pocas horas. Son ellos, sí, son ellos. Son... los sepultureros.

Cavan, calculan, cantan, rompen, ríen, escarban, desbrozan, miran, palean, rascan, ahondan, hablan, jalan, sudan, vuelven a cavar y cavar hasta que aquello, nuestra tumba, está cierta y cercana, medida y adecuada. Son... los sepultureros.

Los he visto reír cargando huesos como leños, los he visto bromear llevando entre los dedos la calavera recién desenterrada, los he visto abrir un ataúd con temblor entre los labios y dejarlo ir al fondo de la fosa con especial cuidado; son gente curtida por el silencio último, ese silencio que se oye sólo en los cementerios. Son... los sepultureros.

Profundamente humildes, la muerte los ha nombrado con su espada, caballeros de la tierra perdida, duques de la flor triste, condes del gran ciprés, barones de la pala, delfines de la orden del mármol y príncipes herederos de especial diploma: centinelas. ¡Centinelas del más allá!

En los panteones abren tumbas y cierran mausoleos, rescatan lo que queda de aquello que algo era y entre cráneos y fémures, entre huesos y trozos ennegrecidos de mortaja, viven y sobreviven a su leal trabajo que no les da ni tiempo para llorar lo suyo.

Ellos saben porque son sabios a fuerza de enfrentarse a la verdad, que tú y yo tenemos un camino y por fuerza un destino al caminar; ellos nos esperan con su mirada fija y tierna, con su voz ronroneante y huidiza, nos esperan y saben que a ellos también alguien los tendrá que esperar.

Sepultureros. Honro sus manos encallecidas al soportar el último peso de la vida, sus ojos gastados en ahuyentar despojos, en contemplar los arrepentimientos, en ver crecer las flores desde abajo, desde el origen mismo de la oscuridad.

Sepultureros. Centinelas.

Centinelas del más allá.

Sepultureros. Honro sus ojos, sus brazos y sus dedos. ¡Porque de ellos es el reino de todo lo que somos y seremos!

Un aprendiz de poeta

Es un buen muchacho. Se acercó a mí, trayéndome sus versos, sus inquietudes juveniles, llenas de confusión, sensibilidad, audacia y hasta desaliento. Quiere publicar un libro un día. Quiere salirse de sí mismo, decirle al mundo: "Aquí estoy... ¡Convívame...!"

Porque el poeta, aunque mucha gente no lo crea, no es el ser ajeno y arrinconado, sino el más deseoso de estar con todos, el que busca convivir y ser convidado. Los mejores poemas en un cajón del escritorio o entre viejos papeles, no tendrán nunca sentido. Un poema, bueno o malo, sólo adquiere soplo vital cuando alguien lo lee y dentro de él, halla una chispa de comunicación espiritual, relámpago afectivo, un vago sentimiento de "ése soy yo... esto lo vivo... aquí desearía estar...".

Hay poetas perfectos, cerebrales, matemáticamente impecables. Su gramática es de mármol, su palabra de cristal, su expresión es una orfebrería, pero no llegan a tocar eso que hace sobrevivir al poema. Son excelentes constructores de estructuras, pero les falta el

soplo esencial, la identificación con nosotros, con todos los que vibran y trabajan en el telar de la vida diaria.

Sólo es la memoria del pueblo la que consagra a quien escribe; aunque los críticos de una generación se pasen diciendo maravillas de quien admiran, si el pueblo mismo no lo percibe, no lo convive, ese alguien irá al archivo luminoso de los sombríos concedores de literatura perfecta.

Le dije a este muchacho que escribiera más, que siguiera intentando, que no se detuviera, ante el aplauso o ante el rechazo, que el destino de un poeta no es el anteojo de un buen crítico, sino los ojos mismos del alma con los que lee el pueblo.

Qué pena me daría que se fuera convirtiendo en poeta de ajedrez, en sensibilidad de computadora, en cinemática de lenguaje intocable. Los diccionarios quizá ganarían otro nombre y el pueblo quizá, hubiera perdido otra oportunidad para charlar consigo mismo a través de sus palabras.

El arte de desconfiar

Desconfiar es común, pero no es justo; desconfiar es el verbo que al conjugarse desarrolla más energía desorientadora de la que nos imaginamos.

Alguien nos dice algo y desconfiamos. Comenzamos a perder puntos en el ascenso del vivir porque nuestra duda del otro, hace que se desate esa pequeña tempestad interior de la inquietud, el rechazo. Tempestad que logra despertar oleajes tardíos, lluvias angustiosas, nubarrones amenazadores, relámpagos de celo y confusión.

Cuando tú desconfías de mí, hay algo que entre los dos no existe: la credibilidad. Si yo pierdo la fe en ti, lo he perdido todo, aunque me rodee la seguridad económica, la responsiva de la salud, el apoyo de mucha gente que me puede decir: “¡Qué hermosa vida llevas! Eres feliz de los pies a la cabeza...”.

Eso es mentira, nadie es feliz si desconfía de alguien que ama. La desconfianza es como un extraño virus que se filtra por los ojos, por los oídos, hacien-

do de la mente una fábrica desaforada de cosas tristes y solitarias.

Cuando yo desconfío de ti, se me derrumba un mundo interior que me pertenecía por derecho de amor, se me desploma esa escalera de ideas y afectos que me servían para ascender al entusiasmo.

Cuando los dos desconfiamos, hay una grieta enorme, trágicamente invisible que nos va alejando, alejando, hasta hacernos ausentes enfrente uno del otro, hasta convertirnos en grandes enemigos, unidos solamente por el débil cintillo de lo social inevitable.

¿Por qué no pronunciar esa palabra...? ¿Por qué no distender ese gesto de odio acumulado? ¿Por qué no decir lo que llevamos dentro como semilla incómoda para matar ahora lo que será hiedra asfixiante el día de mañana?

Hablemos, digamos lo que tengamos que decir para recuperar esa confianza, no importa lo difícil, lo terrible, lo desesperante que resulte. Sólo serán momentos de acomodo, de reajuste, de sintonía dolorosa, que al fin y al cabo renacerá la confianza si sabemos hablar.

Porque en el fondo de un gran amor, de una gran amistad, de una gran compañía, yace como hilo de agua permanentemente luminosa, la confianza en el otro.

No convirtamos esta vida cotidiana en un arte amargo y áspero, no nos graduemos al paso de las horas y los días en expertos ingratos, en doctores inútiles. No seamos los que señalan con un índice dicién-

do: “Mira, ese es maestro único en el arte de
desconfiar...”.

La acción triunfadora

Dice la *Biblia* al comenzar: “En el principio, era el Verbo”, es decir, en el principio era la acción.

Los griegos afirmaban que el hombre estaba constituido por tres motivos fundamentales: la idea, el sentimiento y la acción. En esas tres fases angulares descansaba el porqué y el para qué de la raza humana: pensar, sentir, actuar, ¡fórmula inevitable de todo el planeta Tierra!

La acción no debe ser ciega, debe ser inteligente, debe nacer de una emoción adecuada, misma que habrá brotado de una idea positiva. Si nuestros pensamientos son lógicos, constructivos, claro, nuestras emociones serán muy parecidas y nuestras acciones tenderán hacia lo mismo: claridad, efectividad, definición positiva para nosotros y el prójimo. La acción debe ser triunfadora.

Para que esto suceda necesitamos, desde la noche anterior, alimentar nuestra mente de ideas nobles y generosas de imágenes que siembren en nuestro in-

consciente, motivos precisos de superación; quien duerma alimentando odios, despertará cosechando furias y quien perdone sus culpas a los demás, así como los demás perdonan nuestras culpas, despertará con ánimos de sobrevivir alegremente.

Al despertar debemos programarnos definitivamente: ¡hoy será un buen día!, hoy podré realizar hasta lo imposible para mi felicidad y la felicidad de todos los que amo, hoy podré encontrar lo que busco para mi propio beneficio espiritual y material... ¡Hoy desarrollaré una vez más, mi acción triunfadora...!

Como por arte de magia, las puertas se abrirán, las cosas resultarán positivas. La gente me ayudará en todo lo que pueda y yo seré un ser que camina y camina, avanzando hacia la realización de lo que quiere. Porque la acción triunfadora comienza en mi mente, creando la energía invencible de un optimismo arrollador, de una luz interna que invitará a mis prójimos a sonreír y a decirme: “¡Hola...! ¿En qué te puedo ayudar?”

Inténtalo hoy; mañana, si quieres, será un día diferente. Será un día en que descubrirás lo efectivo, lo real, lo necesario que es... ¡La acción triunfadora!

Desde el aire

Sí, simplemente así lo llamamos todos: aire. Nadie lo ve, nadie lo toma en cuenta, nadie le dedica un pensamiento diario; todos lo usamos descaradamente, todos lo aprovechamos. Todos los seres vivos tenemos en él algo indispensable y... casi jamás pensamos en él.

El aire nos permite decir: “qué hermosa brisa”, “no hace nada de aire”, “no aguanto este ventarrón”, pero olvidamos lo principal.

Gracias al aire nuestros pulmones reciben la parte de oxígeno que necesita nuestra sangre para que el cuerpo viva. El aire permite que oigamos la palabra amiga, la música que deseamos, el sonido que nos advierte o nos causa alegría; sin aire no oiríamos nada, nada.

Vemos pasar un avión, se desliza en el aire y aterriza nuevamente sobre aire. En sus llantas se amortigua el golpe de ochenta toneladas a trescientos kilómetros por hora. El motor de nuestro automóvil, el

freno del ferrocarril, la energía de cualquier máquina, se basan en la virtud del aire. Pocas cosas hay que escapen a su necesidad y pocas las que no usen su humilde y maravillosa existencia.

Un trabajo de equipo

Nadie puede sobrevivir, solitario, a una lucha interior. Todos necesitamos de una palabra de apoyo, de un breve reconocimiento del otro, de una comprobación externa de lo que estábamos haciendo. De ahí que desde tiempo inmemorial, el trabajo se haga en grupos, en áreas, en equipos. Trabajo en equipo fue el que logró la realización de las pirámides, equipo total el que conquistó la superficie de la luna.

También trabajaron en equipo los conquistadores de las Cruzadas y los ejércitos triunfadores del mundo. Equipo fue el que construyó presas para el agua, barcos para el viento, caminos para la huella del hombre y aviones para vencer al tiempo.

En nuestro trabajo diario, queriendo y sin querer, trabajamos en equipo; es nuestro jefe o nuestro guía. Somos los responsables de algo más. O quienes participan en un objetivo común. Pero al fin, estamos todos; ese estar en grupo nos permite sumar esfuerzos y aligerar trabajos.

La colmena inmemorial es el ejemplo del trabajo máximo de equipo; abeja reina, obreras, vigilantes, exploradoras, todas alrededor del objetivo: acarrear la miel para que todas sobrevivan.

Lo nuestro no sólo es instinto de conservación, es libertad en juicio, razón libre, proposición de entrega hora tras hora.

Quien ha visto el trabajo como maldición bíblica; ha vivido en el error. El trabajo es método de liberación, de comprobación suprema y cotidiana de nuestra calidad de seres inteligentes. Porque, por más humilde que sea nuestro trabajo, damos prueba de nuestra dignidad aceptándolo y llevándolo a cabo con alegría y entusiasmo.

Trabajar es el secreto de una larga vida y los frutos, tarde o temprano, llegarán. Sin distinción de sexo, edad o categoría social, el trabajo alimenta, nutre, fortalece, integra, proyecta y libera al ser humano.

Yo te doy, tú me das, todos compartimos la energía y le sacamos a la existencia miel —amarga a veces, pero siempre luminosa— del trabajar cotidiano.

Equipo el hormiguero y la fábrica. Equipo de verdad el de los técnicos que mantienen los teléfonos y el de la Iglesia en busca de lo espiritual. Un trabajo de equipo atrapó el primer dinosaurio en la edad de las cavernas y otro, salva una vida en el quirófano de un hospital.

Ustedes y nosotros, equipo siempre, fórmula de ser, convivir, realizar y de lograr los ideales que corresponde una vida sincera. Jamás dejamos de pen-

sar y de vivir en compañía del otro. Todos somos el secreto efectivo de nuestro éxito de hoy. ¡No lo olvidemos!

Este pequeño planeta azul

Creo que a veces nos equivocamos en todo, pero seguimos gritando que tenemos la verdad. No nos damos cuenta de que lo que hacemos, lo que decimos, lleva tanto por ciento de error como de humedad el agua; nuestra vanidad pretenciosa exige autoafirmarnos, ante este océano de oscuridad que es lo eterno.

Lo llamamos planeta “Tierra” y es falso, somos planeta “Agua”. Más de las tres cuartas partes de ella forman nuestro grano de luz en el espacio; basta que nos alejemos unos cientos de kilómetros, hacia arriba, hacia el traspatio de esto que es nuestra sencilla casa, para comprobarlo. De lejos, somos un simple, sencillo y olvidado planeta azul.

Esta Tierra que se debate en miles de filosofías, que se estremece en cientos de políticas, que se zozobra con tantas creencias y martiriza con tantas ingratitudes, a sólo unos cientos de metros de altura es superficie silenciosa; a miles de metros, superficie extraña y a un millón de metros, superficie olvidada.

¡Y nosotros, gritándonos reyes de la creación!
¡Exigiendo el diploma de supremacía en el cosmos! Su-
brayando cada vez que podemos, que estamos hechos
a imagen y semejanza de Dios... ¡Vaya una audacia
ciega!

Somos microbios pensadores, biología misérri-
mas, espíritus de poca honestidad frente a todo lo crea-
do; nos falta la humildad para ubicarnos en otro la-
do, allá, a millones de años luz, en cualquier otro pla-
neta semejante, desde el cual, la Tierra
—este pequeño planeta azul— no es más que una par-
tícula ignorada, una mínima expresión divina, confu-
sa y enloquecida por la vanidad de todos.

He pensado a veces que la muerte es un ejercicio
de humildad que la humanidad no entiende; que la vi-
da es la oportunidad de reconocer que el amor es tras-
cendente, lo único valioso en este pequeño planeta
azul... ¿Qué son mis cincuenta, setenta o noventa años
de vida frente al océano de la eternidad? Nada. ¡Na-
da! Quizá sólo sean la demostración de que el espíritu
viaja a través de la carne para purificarse, de que so-
mos trigo celeste en la mano de un Sembrador
Desconocido.

Y tú... ¿Qué opinas de tu planeta Tierra? ¿Qué
opinas de este lejano, triste y pequeño planeta azul?

Mi hijo, el actor

Un buen día, hace años, me dijo seriamente mirándome a los ojos: “Papá, yo quiero ser actor...”. Su adolescencia resplandecía en su alma, encauzándolo a una ilusión precisa: ser actor. “Está bien” —le dije—, pero procura ser un buen actor, algo de lo que estés contento. Es tu vida, vívela...”.

Detrás de aquella sencilla frase hubo una entrega al estudio, a la reflexión, a la vocación de vivir otras vidas buscándose la propia, deshaciendo su activo y en el fuego de una vivencia ajena, de un perfil extraño, de un espíritu que por unas horas y frente al público, se olvida de sí mismo para darse a la poesía de los fantásticos personajes.

Es difícil actuar bien, después que sabemos que la vida es la comedia mejor hecha y sin querer. Difícil actuar ante tanto profesional de la máscara, ante tanto talento del gesto y el ademán prestado, difícil desdoblarse con sinceridad en el otro que es lo que se an-sía, el personaje que encarna irremediabilmente, para desparramarse ante las luces y las sombras de una

escena. Pero es necesario, hay que hacerlo bien, hay que actuar, dando vida a lo que sólo flota en la imaginación.

A veces me dice que su vocación es un trabajo como cualquiera. No puedo convencerme de ello; es un trabajo extraño, mitad mágico y mitad diabólico, parte en gracia divina y parte en vibración ultra-terrena.

Ser actor es definirse hacia la inmortalidad, sabiéndose mortal, ser actor es dar carne, voz, ademán y momento a lo que regresa de un más allá, llámese olvido, muerte, fantasía o... silencio.

Un duro oficio, hijo, el ir ensayando máscaras y máscaras, hasta dar con la definitiva, la que no necesita maquillaje, porque es la piel, la carne y el ser propio; hermoso oficio el tuyo, que tiene un fin, sin encontrar final.

De cuando en cuando, acuérdate de algunos personajes aquéllos que ya no interpretarás jamás; ellos tienen tu rostro en el paisaje gris del olvido y sueñan con volver a ser, pide por ellos alguna vez, oyendo los aplausos nacidos para el que estás interpretando ahora, y desde luego, no olvides: “pase lo que pase, la función debe seguir”.

Las palabras inútiles

¡Qué maravillosa es la palabra!

Depósito sonoro de nuestros pensamientos, dibujo de sonidos de nuestro corazón; la palabra es así: fácil, inmediata, múltiple, inacabable y en ocasiones... ¡inútil!

Un proverbio chino asegura: “En boca cerrada no entran moscas”. Hay otro que afirma: “Por la boca muere el pez”, y no olvidemos el que nos recuerda: “Más vale callarse una palabra que perder un amigo...”.

Es cierto, cuidemos ese juego peligroso, el juego de las palabras inútiles. Hay ocasiones en las que nos arrepentimos de haber hablado; pocas en las que nos arrepentimos de no haber dicho una sola palabra.

Hay palabras en las que no hemos meditado quizá, palabras que significan mucho pero que se desvanecen de repente, palabras que nos dicen, que leemos, que nos han enseñado, palabras que serían necesarias,

pero... ¡Las olvidamos!

Evitemos las palabras inútiles, no seamos como los loros o las guacamayas que hablan y hablan sin decir nunca nada; no seamos espejo de las palabras ajenas que no nos pertenecen. Tengamos el valor de hallar nuestras propias palabras.

Esas que nos nacen del alma en los momentos sinceros, ésas que nos decimos a nosotros mismos en los instantes decisivos, ésas que brotan de lo auténtico de nuestra vida y nos acompañan siempre.

La palabra es el arma más poderosa del espíritu para sobrevivir; usémosla debidamente, recordemos que hay gente en el mundo —los monjes trapenses— que sólo hablan una vez al año; lo demás es meditación, silencio poderoso y enérgico, ahorro de sonidos repletos de vanidad. No quiere decir esto que nos pasemos la vida callados, no, simplemente hablemos cuando sea necesario y nada más.

Lo que sobra es la serpentina de la conversación inútil, el confeti de las palabras que se dicen así, como arrojándolas al paso de lo que sea.

Hace falta, quizá, una carrera más entre las miles que existen: “Licenciado en Administración de Palabras”.

La sabiduría

Hay una gran diferencia entre ser instruido y ser sabio. La instrucción nos la da la escuela, la universidad. La sabiduría nos la da la edad, la vida. Podríamos tener hasta tres o cuatro títulos universitarios y sin embargo, no ser sabios y también podríamos no haber ido a la escuela y haber obtenido una gran sabiduría...

La instrucción corresponde a la ciencia. La sabiduría corresponde a la conciencia. El instruido puede ser a veces un malvado. El sabio, por más ignorante que sea, nunca será cruel o injusto porque la ciencia inyecta al hombre una aparente seguridad por el conocimiento, mientras la sabiduría le da claridad y serenidad por la conciencia.

Un sabio es quien dice cosas grandes con palabras pequeñas, un necio es quien dice cosas pequeñas con palabras grandes. Los instruidos necesitan ser sabios para ser mejores. Los sabios no necesitan ser instruidos, les basta haber tomado conciencia de los eternos valores: el amor, la justicia, la verdad, la paz, la

belleza...

¡Cuántos teólogos han deseado ser santos...? Y muy pocos santos han ambicionado dominar la teología, porque una cosa es amar a Dios y otra estudiarlo con estas pinzas frágiles de la razón humana. El amor es la posesión instantánea, la ciencia es la pretensión inacabable. Entre saber y creer hay un abismo que pocos cruzan tranquilos: la humildad.

La instrucción exagerada sin el descubrimiento de los valores, engendra la soberbia y quienes presumen de saber, ya empiezan a equivocarse.

Procuremos instruirnos lo suficiente buscando la sabiduría, que la ciencia sea nuestra trampa mortal “SABER para CREER y CREER para SABER”; en esta balanza está el secreto de quien se hace sabio, encontrándose a sí mismo, para hallar lo eterno.

Las indefensas mujeres

Sí, pobrecita. La mujer está indefensa... No sabemos ni cómo ha sobrevivido la pobre en medio de nosotros, los hombres fuertes, sanos, vigorosos, atléticos y dispuestos a partirnos la cara ante el peligro, pero la débil mujer... Ella no tiene defensa. Por más que sea la que, según los médicos, es capaz de aguantar dolores que el más hombre de los hombres no aguantaría.

Indefensas mujeres cuyo organismo soporta esfuerzos físicos continuos sin acabar su energía, mujeres cuya circulación sanguínea es un treinta por ciento más efectiva que la del hombre, cuyo atrofiamiento general se retrasa más que el envejecimiento del hombre, mujeres que mecen al recién nacido con la misma tranquilidad que sostienen la cabeza de ese recién nacido, agonizante, cincuenta años después... ¡Pobres mujeres! ¿verdad?

Pobres de ellas, porque los hombres las identificamos con la debilidad, siendo que resultan ejemplo de fortaleza, ingenio, paciencia y heroísmo. Algún pen-

sador afirmó que si un hombre tuviera que soportar los riesgos de una mujer, moriría veinte años antes ¡de agotamiento!

Ese cuento de que el sexo femenino es el sexo débil, es un cuento de hadas, porque la verdad es que ellas se llevan de encuentro a la soledad, le retuercen el cuello al cisne del desaliento, le soplan soberbia bofetada a la pobreza, al dolor y siguen tan tranquilas... Mujeres en la Historia ha habido, que son, no sólo directoras espirituales de sus famosos maridos, sino espejo en el que se ven las virtudes a todo color. ¡Pobrecitas mujeres...! Son tan dóciles, tan suaves, tan resignadas, tan débiles, que... la voluntad, la energía, la voz, la fuerza, la perseverancia, ¿por qué demonios serán del sexo femenino?

Un nuevo día

Cada veinticuatro horas, miles de millones de seres humanos despiertan de su sueño normal, abren los ojos y comienzan a vivir lo que se llama “un nuevo día”. Pocos, muy pocos nos damos cuenta de lo que esto significa.

Un nuevo día... Otra oportunidad para vibrar con el sol maravilloso, para soñar con la lluvia que cae, para pensar en los amigos y amores que tenemos. Otro nuevo día para acercarnos más a la verdad total, a la verdad definitiva, para prepararnos a decirle a Dios: “Gracias, no se me ofrece nada”.

Un nuevo día para aprovechar nuestro dolor, nuestra tristeza, nuestra angustia, nuestra desesperación, nuestra soledad, nuestro silencio cruel, nuestras lágrimas ocultas... ¿Cómo...? Sí, para aprovechar todo el sufrimiento que nos acongoja y convertirlo en luz.

Hace unas horas, visité a un amigo de mi infancia: Cáncer. Sólo unos días más de vida, en sus ojos

brillaba la sed de saber por qué... Es un espíritu valioso porque no sabe lo que sucede y todo lo tiene dispuesto, hasta la voluntad de morir.

“Cada minuto me parece un día... cada día me parece un año...”. Sí él ya sabe el verdadero valor de un nuevo día, de unas horas más, de otra oportunidad para penar en lo que se ama, en lo que se sufre, en lo que se sueña.

Yo, que iba a consolarlo, salí consolado y agradecido por su fe en la vida. ¡En la poca, miserable, dolorosa y leve vida que le queda! Para él, es un tesoro, un polvo de oro que gasta grano a grano asombrándose ante una palabra, sonriendo ante un rayo de luz, meditando ante una hormiga en la pared, conmoviéndose ante las últimas sonrisas de sus hijos, los que sonríen y a quienes ya considera como seres que se dicen adiós, en el muelle, mientras él, se aleja en un barco invisible y fatal.

Adiós, amigo mío, adiós, gracias por tu mirar alegremente triste, por tu sonrisa cristianamente heroica, gracias por recordar en tus últimas horas, conmigo, aquellos días de sol, de lluvia, de árboles, pájaros y ensueños, gracias porque yo te llevaba un apretón de manos solamente ¿qué más te podía llevar? Tú en cambio me regalaste, como última muestra de afecto, la verdadera imagen de lo que es un ¡nuevo día!

Cuando abras los ojos ante Dios, sonreirás para siempre. Pide por los que, en el sueño de la noche, no entienden lo que es para toda la Tierra un nuevo amanecer, otras horas de ensueño... ¡un nuevo día!

Los misterios de un payaso

Personaje que está unido al circo, inevitablemente, el payaso sobrevive a los tiempos, a las crisis, a los años y a las modas.

Es uno de esos símbolos que se respetan sonriendo, una de esas cosas que se aplauden con ternura, algo que brota de nuestra infancia y que nos penetra en la edad madura, al grado de preguntarnos un día ante un espejo: “¿no seré yo el payaso en la función de este día...?”

Payasos..., filósofos disfrazados de colores, cargada de carne y hueso, oculta en la tristeza de la harina y la seda, de la peluca y la voz fingida. Gente como tú y yo, pero decidida a ver la vida frente a frente, ejercitada en el reír llorando y maestra en el llorar sonriendo.

Payasos.

Trashumantes, anónimos. No ésos, a los que la fama tocó con su varita mágica y convirtió en ídolos

de un pueblo. No, los otros, los que sólo conocen los carteles humildes de las ferias de pueblo, los payasos de nombre común, aquéllos que sólo alcanzan la risa agridulce de los niños del barrio, el aplauso de las tías solteronas y la mirada lejana de los trabajadores pobres, de los padres cansados, de los abuelos decididos a convertirse en niños, ya por última vez...

Payasos.

Almas como tú y yo, hambrientas de verdad, hambrientas de justicia. Almas en soledad ardiente, en urgencia de vida original, almas cuyo único pecado ha sido la decisión de ser, ser hasta la última gota de sangre, ser sin remedio, cara a cara a la eternidad de éste y de todos los días del amor.

El otro día me detuve a observar un payaso callejero y algo como un escalofrío me recorría el espíritu. Ese hombre irreal me invitó a realizarme como humano, descubrí sus misterios. En razón, que escuché de improviso: “¡Quítate ese maquillaje solemne! ¡Rasga tus vestiduras de seriedad vacía! ¡Enseña alguna vez tu verdadera cara! ¡Mírame a mí, desnudo y de colores...! ¡Mírame a mí, gritando mi silencio! ¡Mírame a mí, definitivamente triste por toda tu alegría! Yo cuando menos soy payaso, pero tú, ¿qué eres...? Hasta la fecha. ¡Dios mío, no he podido responder...!

La ancianidad

Envejecer no es una maldición, es un simple proceso natural que debe preocuparnos sólo en un aspecto: conservar buenos hábitos corporales y espirituales, para que el organismo vaya haciendo su acomodo normal a ese proceso que es, cuando vivimos adecuadamente, una segunda vida.

Mucha gente teme a la vejez, pero ese temor es infundado. ¿Tenemos temor del año que viene...?

Si nuestra conducta es una siembra de fantasías, recogeremos inseguridades, pero si estamos sembrando buenos hábitos y emociones positivas, la cosecha para el año venidero será de cosas buenas.

La edad madura no tiene edad, la ancianidad tampoco. Vemos a veces jóvenes que arrastran los pies a los veinticuatro años y viejos que a los ochenta despiertan deseos de seguir haciendo más y más para su provecho: negocio, arte, religión, amor.

Don Santiago Ramón y Cajal, el descubridor de

las células cerebrales, siempre luchaba por convencer a los demás que la ancianidad es, como la juventud, un estado de ánimo, subrayado por un vigor o una degeneración física. Nos podemos sentir jóvenes a los ochenta y avejentados a los treinta. Si nuestro organismo es útil, porque útil lo hemos conservado, y apto, nuestra mente tendrá más apoyo para absorber las contrariedades de la vida.

Pero si en nuestra juventud hemos gastado en fantasías biológicas, en frustraciones psíquicas nuestra energía, ¡cuidado! La ancianidad nos espera ya no como llanura luminosa y tranquila, sino como sombra y laberinto de problemas.

La fortuna o desdicha de nuestra vejez, se forma con el acierto o infamia de nuestros años jóvenes. Hagamos acopio de amor, salud y buen vivir y nuestra ancianidad no será una amenaza; será simplemente otro tramo del camino de la vida, lleno de recuerdos hermosos, de atardeceres distintos plenos de esperanza en un nuevo amanecer maravillado, único y necesario.

Los problemas del estacionamiento

¡Qué barbaridad! ¡Ya no encuentra uno dónde poner su coche! Estas grandes ciudades son absurdas: ¡cuesta menos un automóvil circulando durante 24 horas que estacionado en el lugar donde hay parquímetro o en la pensión...!

¡Imagínense que hay colas hasta en los cementerios, en donde se estacionan muertos! Las mariposas no encuentran flores en dónde estacionarse, ni los pájaros árboles, ni las gaviotas un pedazo de playa sin turista. ¡Esto es el colmo! La Tierra en el espacio busca, hace millones de años, un lugar en donde estacionarse y...

¡Basta de quejas! ¡Basta!

¡Qué poca cosa somos cuando necesitamos algo! ¡Porque cuando disfrutamos ciegamente del poder, del dinero, del amor, cuando aparentemente no necesitamos nada, somos suficientes, autónomos, libres y enajenados por una libertad que se convierte en capricho, pero...

Cuando necesitamos algo, nos cabe el alma en una nuez. El valor se convierte en fantasma y aquello que era libertad, ahora es un trago amargo. Tenemos que decidirnos, solos, a realizar lo que nos toca, suele tocarnos la necesidad de estacionarnos.

Sí, estacionarnos en un recuerdo amable de nuestra niñez..., en la sonrisa amorosa de nuestra madre, en el gesto inflexible de un padre que quizá ya no nos acompaña, en el amor de juventud, que nos hizo nacer las primeras canciones y los primeros ensueños, en el amigo fiel, a quien no sabemos encontrar siquiera... ¡No hay dónde estacionarse!

Nuestro corazón circula por las calles de estos días, solo, mirando a un lado y otro, buscando un pequeño lugar, un sitio en donde guarecerse del tránsito horroroso de la rutina diaria... El sol que quema, el combustible que se acaba y la vista que comienza a nublarse..., no todo es velocidad y fuga.

Meditemos.

Astrología

Tatarabuela de la astronomía, la astrología tiene sus aciertos. No se trata de defender a los que creen en los horóscopos, sino de entender que así como la alquimia dio origen a la química, así como la herbolaria dio pie a la medicina, la astrología sentó las bases para conocer el cielo, aunque partiera de la idea de que éramos gobernados por los astros.

Mientras la astrología habla de la influencia de los astros sobre nosotros, la astronomía se ocupa del conocimiento de todo lo que flota y viaja en el universo, sin importarle su trascendencia psicológica sobre la humanidad.

En una estadística reciente resultó algo curioso: la gente cree en promedio más a su horóscopo que a su propia mamá; eso no es malo, lo malo podría estar en que nuestra fe se deposite en horóscopos negativos y que nuestra credulidad, sea manejada por gente deshonesto.

Nunca podremos desprender al género humano

de esos atavismos: amuletos, oraciones mágicas, supersticiones cándidas, creencias en poderes, sobrenaturales... ¿Será malo todo esto...? No, si no sobrepasa el límite de una saludable autosugestión, porque si yo leo en mi horóscopo de hoy que tendré que cuidarme de accidentes caseros, no hay problema; por el contrario, se me recuerda tener precaución. Si en mi horóscopo leo que debo darle una bofetada a alguien cuyo nombre comienza con L, ahí está el problema...

Démosle a las cosas su lugar y a los horóscopos su sitio; son diversiones diarias, juegos de autosugestión inocentes, fugas de nuestra psique hacia lo mágico infantil, nada más. No hagamos de una costumbre ingenua un problema de familia, ni de una angustia diaria una afición; que el horóscopo diga lo que quiera, siempre y cuando yo haga lo que deseo.

La astrología, tatarabuela de la astronomía, es una ciencia vieja y como toda buena abuelita, a veces cuenta cuentos. ¿Nos hará mucho daño creer algunos de ellos...? Total, la vida no deja de ser un largo cuento...

Algo de la patada

Nada tan popular como el futbol en nuestros días, podremos no estar de acuerdo con el vecino en todo, pero si le va al mismo equipo que nosotros, lo convertimos en hermano del grito, alegría y sufrimiento.

Nos uniforman las cosas de la patada.

Gracias a su sencillez, el fútbol traspasó las fronteras y al menos en Iberoamérica, es el deporte de las masas. El grito de ¡Gool! es más importante que el grito de cualquier partido político o religioso. Las concentraciones que logra el fútbol en los estadios, ya las quisiera voluntariamente cualquier personaje en turno.

Algún psicólogo travieso me dijo el otro día que el futbol tenía éxito por su profunda agresividad disfrazada, por su personal manera de engañar al otro, por su definitiva conciencia de inutilidad. Un sociólogo a su vez me afirmó que el futbol era tan exitoso, porque representaba la otra cara de la política, en la que el pueblo se volcaba con sinceridad, ya que la verdadera política no sólo era un engaño sino que nadie

se divertía con ella.

¡Dios mío! Me podría pasar cinco años oyendo las razones irracionales de por qué gusta el fútbol, pero para qué le buscamos tres pies al gato o para qué investigamos la cuadratura del círculo; el fútbol gusta y... ¡ya!

Las cosas de la patada nos entretienen. La patada que nos dan la agradecemos. La que nos prometen, la soñamos. La patada que damos, la damos con toda el alma. Y la que no podemos dar, nos duele eternamente. En fin, en esto de dar patadas, ya en el fútbol o en la vida somos especialistas.

Por eso las cosas están de la patada y ni modo, hay que patear para vivir tranquilo y hay que cuidarse de ser pateado para sobrevivir. Meter la pata no es un error, es un arte, y si la metemos con una pelota de pretexto, somos geniales, sudorosos y entusiastas, con ojos nublados por la emoción, gritamos al estado de nuestra vanidad: ¡Gooooool! ¿Gol de qué...? ¿Para qué...? No sé... pero... ¡Gooooool!

Quién sabe en qué endemoniado pentagonal andamos, pero el estadio sigue lleno, la muchedumbre acecha y... ¡ay de nosotros si no metemos goool!

Los desesperados

Por ahí andan, son seres nerviosos, exaltados, inconformes con todo, llenos de furia por hacer en tres minutos lo que debieron hacer en tres horas. Confusos, contradictorios, fuera de sí.

Son los desesperados.

No han entendido que la vida se planea, hora tras hora. El trabajo se organiza, día tras día. El triunfo se cultiva, año tras año. Todo lo quieren ya, ahora. Porque no tienen tiempo para nada. Porque piensan que con agitar las manos, piernas, ojos, lengua y ánimo, lo conquistarán todo en un instante.

No recuerdan que la naturaleza tiene un ritmo creador, un tiempo de espera; ellos no recuerdan que la velocidad es producto de la sabiduría, no de la improvisación. “*Qui va piano, va lontano*”. Dice el refrán italiano: “Quien va despacio, llega lejos...”, “Despacio, que tengo prisa...”, “Vale más un paso en firme que un correr desbaratado...” y tantos otros refranes, perlas del entender popular, que nos dicen que

la desesperación no lleva a ningún lado, que no es lo mismo agitarse que moverse, acelerarse que caminar, girar en exceso que avanzar inteligentemente.

Es cierto que en la vida caemos en la desesperación, pero más desesperados estaremos si no entendemos por qué estamos así, por qué no fuimos previsores. Por qué hoy, ahora, en este mismo momento, queremos ver hechas las cosas que debieron ser realizadas ayer, hace tiempo, quizá desde el año pasado.

El que se enoja, pierde. El desesperado se enoja a cada instante y lo pierde todo, hasta el sentido exacto de su desesperación. Cuando nos asalte la angustia, exijámonos calma. Calma y nos amanecemos, calma y nos organizaremos, calma y todo lo podremos solucionar, calma que quizá pueda durar unos minutos solamente, pero que es principio regulador de nuestras acciones inmediatas, lógicas, certeras, inteligentes.

Saber esperar, fórmula secreta de los grandes triunfadores.

La fotografía

El ojo humano es la cámara fotográfica más perfecta: lente, diafragma, obturador, película..., todo, todo lo tiene. Cuando en el siglo pasado alguien y muchos más perfeccionaron la fotografía, no hacían más que rendir un homenaje al ojo humano, prodigio del cual casi ni nos damos cuenta.

La fotografía es el tiempo congelado, el instante que no regresará, siempre presente. El hoy que se hace ayer, suspenso en el cosmos de la química, un milagro a la mano, sin más conjuro mágico que un "click".

Desde el poema de un amanecer hasta la figura asombrosa de una hormiga, desde la profunda mirada de un anciano hasta la intocable gracia de una gota de rocío, desde la muchedumbre de una ciudad hasta la soledad de un hombre en una iglesia en penumbra... Todo, todo eso es campo de la fotografía, hermosa etimología la de esta palabra única: "fotón-grafé...". ¡Escribir con luz!

Es muy cierto, el fotógrafo escribe con la luz la

frase que descubre su retina, escribe con la luz la prosa trágica del accidente, el verso simple de un perfil quinceañero, la palabra gesticulante del político en turno, la sílaba clara del rostro de los niños, la letra-abecedario de una mirada triste. La cámara, ese tercer ojo que se carga en las manos, permite la magia de detener el tiempo, de descubrir la forma, de equilibrar el mundo diciéndonos: "Oye, fíjate, esto es lo que vale".

Fotógrafos, escritores de luz, alquimistas de lo negro y lo blanco, del mismísimo arcoiris. Poetas de lo que nadie ve, apóstoles del recuerdo. Aventureros del rostro, del paisaje. Sacerdotes que en un simple cuarto oscuro despliegan su oficio de tinieblas para detener el tiempo. Pintores instantáneos, sin quererlo. Artistas en discusión. Detectives de la imagen hermosa. Testigos del instante para el archivo de la eternidad.

La envidia

Extraña sensación humana que se apodera de nosotros frente al bien ajeno, causándonos una zozobra inexplicable. Actitud que nos hace apretar los dientes y murmurar por dentro: “Bah, fulano no se merece eso... fulana no sé por qué recibió ese beneficio... ¿De dónde sacan que zutano es digno de tal cosa...? Bueno... suerte tienen los que no van a misa...”.

¡Cuidado! la envidia es como salitre, penetra insensiblemente, hace daño sin que nos demos cuenta y para cuando queremos detener todo, ya el techo está a punto de derrumbarse.

Los psicólogos dicen que la envidia es un sentimiento enfermizo provocado por una frustración infantil. Con los años, se convierte en un peligroso movimiento psíquico que es capaz hasta de desarrollar infartos; las emociones son el dinamismo del alma, la envidia es una emoción al fin; emoción negativa y terrible que penetra como el veneno de ciertas víboras, en forma simple, pero mortal.

En Brasil, los indios usan cerbatanas con pequeñas agujas mojadas en curare, una sustancia venenosa que ellos elaboran a propósito. Cuando alguien recibe un pequeño piquete, no le da importancia, pero sea animal o persona, al poco tiempo siente una parálisis progresiva que lo pone al borde de la muerte. ¡Qué gran similitud con los ataques de la envidia!

“Si la envidia fuera tiña, cuántos tiñosos habría...” Dice el refrán y dice bien, porque ninguno de nosotros está exento de ella. La envidia es tan normal como lo puede ser el hambre o el calor; lo importante es que no se haga normal en nosotros aceptar sus resultados. Hasta la *Biblia* habla de la “santa envidia” que conduce a luchar por el bien que obtuvo el otro, sin menoscabo de la tranquilidad espiritual.

No le pongamos capucha a nuestra alma; si somos propensos a envidiar, seamos propensos a superar; de ello saldrán incalculables frutos. Que nuestra envidia la despierten los fuertes, los grandes, los generosos. ¡Y que tengamos la decisión de imitarlos para obtener el bien que ellos han conquistado!

La sal, ese tesoro de la Tierra

Humilde, oculta, despreciada por miles de años, pero siempre útil en el proceso de la vida, así existió la sal. Sus cristales se dan en abundancia en el mar. Hasta un niño lo descubre: “¿Mamá, quién le echó tanta sal al mar...?” En la Tierra, hay millones de toneladas en minas dispersas por el planeta. El hombre le dio hace tiempo una denominación casi minimizante: sal común.

Nos bautizan con sal y agua, el agua se derrama sobre nuestra cabeza y la sal nos la dan a probar. Quizá para fijar en nuestro inconsciente lo mucho que nos espera en la vida.

La sal, indispensable para vivir, está formada por dos peligrosísimos venenos: el cloro y el sodio (Na Cl); estos dos venenos, combinados en el prodigio de la naturaleza, son indispensables para nuestra digestión. La sal sazona la carne animal muerta y la conserva largo tiempo libre de putrefacción.

La pobre carga hasta con la leyenda de ser de mala

suerte: “¡No me vayas a echar la sal!”

Si tomáramos tantito sodio o aspiráramos algo de cloro, ¡pobres de nosotros! Nuestro organismo entraría en cataclismo, en agonía; si probamos ese mismo sodio y ese mismo cloro, ya como sal común, nos sentimos reconfortados, animados, hasta “se nos hace agua la boca”.

Misterios de la vida que se forman con los mismos ingredientes de la muerte. Llegó a ser en Roma tan importante la sal, que se les pagaba a los trabajadores con kilos de ella; de ahí viene “salario”, la cantidad de sal que se ganó alguien en una jornada de trabajo.

Decimos que hay muchas cosas que son “la sal de nuestra vida”; aprovechémoslas para vivir mejor, no dejemos que el cloro de una mala voluntad o el sodio de una mala idea nos arruinen. ¡Convirtámoslos en sal común, tesoro de la Tierra y de la vida!

La gente

Hay gente como el agua, limpia y bienhechora, simple y casi inadvertida. Hay gente como la piedra dura, impenetrable y dolorosamente inútil.

Hay gente como las estrellas, lejana, inalcanzable, incomprendida y casi en diálogo con las alturas. Hay gente como las hojas de los árboles, multiplicada y anónima, follaje humano que da sombra, que da al paisaje de la tierra una hermosura singular. Gente que, como las hojas de los árboles, envejece en silencio, se desprende de las ramas de la vida, y después de morir, abona y fecunda la tierra que le dio verdor.

Hay gente... ¡Hay tanta gente!

Sólo que no la vemos; día tras día hablamos con ella, intercambiamos saludos, resolvemos necesidades, elaboramos proyectos, pero... no la vemos, no vemos a la gente, sólo vemos instrumentos para enriquecernos o para satisfacer nuestra vanidad, pero la verdadera gente, no la vemos.

Esto es angustioso. La gente existe, pero no se ve, estamos enfrente de individuos, de personas, de seres con un nombre, un prestigio, un pasado, pero a la gente, no la vemos jamás.

La gente es el grupo anónimo que soporta en la sociedad la amargura de la vida diaria, sin renegar jamás. La gente es la abuela solitaria en una silla, tomando el sol y suspirando años e ilusión pasada. Es el niño que busca un trozo de pan por las calles del centro y al que vemos como estorbo. La gente es la mujer que camina con una ilusión de amor y recorre las sendas del engaño. La gente es el padre encorvado por los años y sin pensión, sin seguro, sin renta fija y aún con muchas deudas en la vida... La gente... ¿quién es la gente...?

Es el prójimo anónimo. Es el que te mira y retrata en su pupila tu felicidad, comparándola con su infinita desgracia. Es el que tiene sed enfrente de tu copa rebosante. El que en medio de su desesperación, ve la paz de tu hogar. El que calla desde que tiene uso de razón para lanzar un solo grito frente a Dios, a la hora de la muerte. El que dice "quíereme", mientras tú aplaudes y ríes la vanidad de la farsa de la vida en torno a los demás.

Hemos pensado, ¡Dios mío! ¿Qué clase de gente somos...?

El arte de perder amigos

Hay por ahí muchos libros que hablan de cómo ganar amigos; pero nadie, creo yo, se ha puesto a escribir una serie de indicaciones para perderlos; lamentablemente es lo más común que hacemos: perder amistades o posibles amistades, en vez de ganar otras.

¿Cómo perder amigos? ¡Muy sencillo! empiece por pensar y sentir que usted es lo más importante del mundo, que su opinión es la que verdaderamente vale, que la última palabra debe decirla usted; es un primer recurso que nunca falla.

Seguimos: trate a la gente por su apariencia, no por su decencia. En cuanto vea a alguien que no va vestido a la moda o con elegancia, identifíquelo como ser inferior, insista en enseñar cuanta joya tenga usted a la mano: ese reloj de pulsera valiosísimo, ese brazalete de oro, ese anillo de brillantes que se luce hasta en la hora de tomar café y sobre todo, haga un gesto de incomodidad cuando alguien le pida naturalidad, mientras lo que usted busca es pretensión.

Ideas para que las muchachas se queden solas no paren de hablar de las vecinas y sobre todo, hablar mal, que es lo sabroso. Echen palabrería sobre sus maneras de vestir y de vivir, deléitense en lo barato del maquillaje, en lo torcido de las piernas, en lo tonto del peinado. ¡Muchachas! vayan quedándose solas cuanto antes, fabricando el chisme del momento y atribuyéndoselo a todo mundo. ¡Es tan divertido!

Pierda usted amigos engañando siempre. Predique una cosa y haga otra. Presuma de cristiano y trate con la punta del pie a su prójimo. Diga cuando menos tres mentiras diarias. Piense mal de cuanta gente le rodea y quéjese de sus superiores, sobre todo cuando usted no hace bien el trabajo por el que le pagan.

Eso, amigos míos. ¡Vamos a perder amigos! es un oficio fácil, sencillo, alegre y gemelo del "ahí se va" que gobierna nuestras vidas. Vamos a sentir que somos lo más grande del mundo, hasta que la soledad contraiga matrimonio con nuestro espíritu. ¡Pobre espíritu nuestro, huérfano de amor gracias a la práctica diaria del egoísmo y la vanidad!

Pobre del espíritu nuestro que se especializa a veces en perder amigos. Reflexionemos, antes que sea tarde...

El mundo de los ciegos

Es un mundo de sombras, un mundo sin luz, pero con vibraciones que van más allá de la luz, un mundo de tinieblas exteriores, pero de alcance sensible que nadie puede imaginar.

Un ciego no es un inútil, es sólo un incapacitado.

Entendámoslo así, un ciego quizá no puede atravesar una calle sin riesgo, pero sabe oír lo que nosotros jamás oiremos, su tacto descubre un entender el mundo, diferente, pero cierto; hasta su lengua detecta los colores por el sabor de las tintas, es dueño indiscutible de un séptimo sentido.

La habilidad de los ciegos, increíble. Porque ellos sí que echan a andar los verdaderos ojos del alma, los que desde el fondo de la intuición miran sin parpadeo. Los ojos que captan no la luz, sino el exacto sentido para su existencia.

Hallan en la música un mundo aparte, se sumergen en sensaciones y combinaciones que no podemos

comprender los que gozamos de la vista externa. Los ciegos —músicos— genios son famosos, por su capacidad ilimitada de crear un cosmos maravilloso, un universo que gira alrededor de emociones puras. Una explosión vital que nos deslumbra con sus fantasías intangibles, con sus países acústicos propios de una creatividad sin término.

Quizá para la vida diaria no estén capacitados muchos de ellos, pero si los ayudamos a sobrellevar las rutinas y las dificultades comunes y los invitamos a relatar todo lo que su hipersensibilidad les dicta, aprenderemos mucho. Aprenderemos a ver a través de su oscuridad, a sentir a través de su abismo y a comprender a través de su intuición.

Un ciego no es una desgracia. Si queremos, es un tesoro para la humanidad ambiente, es una antena que capta radiaciones de Dios, sintonías celestes, ondas que nuestros pobres ojos, llenos de luz, no captarán jamás.

Respetemos la ceguera, hagamos más llevadero el vivir de los ciegos y aprendamos a mirar con sus ojos, ojos del alma que ven la mística de lo definitivo, la solución que veces no hallamos nosotros en nuestra luminosa oscuridad cotidiana.

Hay ciegos que dibujan, como Miguel Detrell, enseñándonos, con su genialidad creadora, un camino maravilloso de autenticidad. Gracias Miguel, por esa lección de luz en medio de tanta sombra innecesaria.

Los boxeadores

Sí, ellos son. Fuertes, ágiles, astutos en el ring, feroces en la pelea, despiadados en el castigo de ese prójimo, provisionalmente enemigo.

Ellos son: los boxeadores. Gente del pueblo que el destino escoge para hacerlos ídolos, estrellas o... piltrafas, Detrás del gimnasio está el drama del que sueña golpear y golpear, sin mayor horizonte que el dolor, la sangre, el "nocaut". Golpear ciegamente, desesperadamente, hasta hacer de su enemigo algo que se tambalea, algo que duda, algo que cae pesadamente, para la cuenta final.

El cerebro de los boxeadores está entrenado para los mejores reflejos, su cuerpo para la mejor resistencia, sus ojos para el movimiento secreto, sus puños para el disparo certero, sus pies para la huída relámpago y su cuello para la estrategia de esquivar el ataque.

¿Y su alma...? Está entrenada para la furia, para el celo, para la ambición. Desde hace siglos se dis-

cute si es deporte o salvajada, si es arte o definitivamente agresión. Pero mientras las discusiones duran, los boxeadores surgen, brillan y se apagan. Suben al ring, agreden, son castigados y se rinden o se derrumban, triunfan o pierden, no hay otra solución posible.

Su corazón se endurece, su mente se resquebraja, sus músculos se ablandan, su mirada se nubla, su alma se humedece y un día... ¡La vida misma da el "no-caut"! El destino que se ofreció glorioso, cuenta despiadado hasta diez y levanta la mano a la desgracia, proclama vencedor al infortunio, grita el éxito de la amargura, todo reunido en un gancho izquierdo que el tiempo planea con reflexión cruel, definitiva...

Salvo contadas excepciones, los boxeadores acaban en la ruina, en el desastre, en el olvido. Aquéllos que apostaron por su triunfo, aquéllos que los vito-reaban en sus noches de alegría, se apartan, sin misericordia, hacia otros rumbos que sacien su sed de victoria ajena, fácilmente alquilada en la taquilla de la arena.

Los boxeadores, cohetería del deporte, cumbres de paroxismo en aquellas noches de éxito sin fin y luego, sombras vagabundas, escoria humana, dura, amarga, cruel y tremenda lección de lo que somos todos cazadores de ilusiones al precio más inútil y sangrante.

La palabra

Ella es piedra angular de lo que somos a través del tiempo, fórmula mágica sin la cual nada de la cultura universal hubiera sido realizado. ¡Palabra! Llave, inicio, camino, aventura y fin.

El viento se estremece cuando la pronunciamos. Nuestro corazón se agita cuando la recordamos. La memoria vive cuando la evocamos. La palabra es la primera y la última razón de eso que llamamos lo nuestro común, lo que nos pertenece por categoría espiritual. Todo lo que el amor ha sentido, lo ha tratado de encerrar la palabra. Todo lo que la ciencia o el arte han concebido, lo archiva la palabra. Todo lo que ha sido o lo que es, lo que puede ser, ya estuvo, está o estará, tarde o temprano, en la palabra.

Madre universal de nuestro idilio con la realidad, madrastra de nuestra locura por ser un día poseedora del secreto de la inmortalidad, amante de cuantos han soñado ir más allá de su envoltura de carne y hueso, eso es la palabra.

Bienaventurada ella que es y encierra todo un mundo de posibilidades en un instante de nuestro destino. Si la música nos lleva adonde nadie ha llegado jamás, la palabra nos regresa adonde no hubiéramos podido regresar: a nosotros mismos, a través de los demás.

Bienaventurada ella, que ha podido dar testimonio de los santos, ha deshecho el infierno de los pecadores y ha desatado guerras, edificado amores y destruido las mentiras de generaciones enteras. Dios, Adán, Eva, amor, esperanza, recuerdo, olvido. Palabras clave, palabras madres de todo lo creado. Símbolos mínimos del universo entero. Granos de luz en la tiniebla de todos estos siglos. Destellos que nos conducen de nuevo a meditar qué maravilloso es haber nacido y tener el don de hacer, de un silencio cualquiera, una palabra viva.

Ese milagro lo tiene el hombre, día tras día y lo lleva generación tras generación, como alivio del pecado original. Porque hablarle a Dios, aunque sea en nuestras propias palabras, ya es un principio para obtener el perdón de todos los pecados de nuestra inteligencia.

Ella es: la palabra. ¡Qué felices aquellos que la pronuncian con los labios del alma!

La gran lección del mar

El mar es quizá lo más antiguo del planeta y lo más noble. Su historia comienza, según los arqueólogos, hace millones de años y sigue siendo igual.

Es lo que tiene mayor contenido de sal sobre la Tierra y el que alberga mayor cantidad de vida. No hay sobre la superficie de la costra terrestre animales más inmensos, más poderosos, más legendarios y más imponentes que los que guarda el mar.

Desde la noble y majestuosa ballena, hasta el temible y rápido tiburón, desde el cangrejo desconcertado y tímido, hasta el caracol huidizo y humilde. Toda la gama de vida marina está en el océano, padre y madre a la vez, generador de células, cultivador de tejidos, nido de la vida incontenible que se extendió a la Tierra.

Al mar lo vemos en vacaciones pero su trabajo es inmemorial. Su fuerza incontenible y su generosidad ilimitada. El mar podría darnos en el año 2000 el alimento que sobre la Tierra escaseará seguramente;

sus reservas son incalculables.

De diez toneladas de agua de mar se puede extraer un gramo de oro puro. Una ola en pleno océano, trae la fuerza suficiente para iluminar una ciudad de medio millón de habitantes, durante un año continuo. ¡Si pudiéramos extraer esa energía de arrastre y convertirla en energía eléctrica...!

El mar es tema de meditación. Su humildad es transparente, no presume de más cosas que las acostumbradas: brisa, olas, nubes, sal. Su fuerza se traduce en millares de especies animales y vegetales, que guarda celosamente; es cementerio que se depura solo y manantial de vida silenciosa.

Dentro de su existencia milenaria, sigue siempre igual, su belleza no se agota. Dentro de su entraña el oro se disuelve y se conserva para nosotros, invisible. No le afecta la vanidad de un amanecer o el esplendor de un crepúsculo. Cuando le echamos inmundicias, las arroja tarde o temprano a la playa o las desintegra para que no hagan daño.

La próxima vez que estemos frente al mar, mirémoslo en silencio unos cuantos minutos y hagamos una simple pregunta: ¿Cuándo podremos parecernos un poco a su existencia única...?

La fuerza de la costumbre

Somos seres esclavos de la costumbre. La costumbre es el hecho de repetir un acto, a veces casi involuntariamente, respetando un no sé qué de tradición, de mecanismo secreto de la existencia diaria.

Romper una copa, cruzar los dedos, ceder la acera a los mayores, saludar de mano a los que nos merecen simpatía, todo tiene un origen, por más extraño que sea.

Saludar, por ejemplo, dando la mano derecha, es una costumbre cuyo origen poca gente conoce: los salvajes antecesores nuestros, en la lejana Africa, se saludaban con las manos para cerciorarse que el otro no traía armas para matar; ese gesto de estrechar las manos fue garantía de paz. No había lanzas, flechas, cuchillos, entonces se podía ser amigo. Nosotros sólo damos la mano, pero en ello va la memoria de estar a salvo de una agresión.

Los animales tienen sus costumbres. Mientras las nuestras las modifica la herencia, la memoria, la inte-

ligencia, la experiencia y la necesidad, el animal no responde a ello. Sólo a su instinto de conservación. Sabido es el hecho de que las lechuzas no construyen nidos; esa costumbre no existe para ellas. Ponen sus huevos en nidos ajenos abandonados. ¡Y eso que lo escogimos como símbolo de la sabiduría!, ni siquiera sabe hacer un nido para sus hijos.

La costumbre no se puede evitar. Somos esclavos de su repetición; sí podemos añadir a las costumbres ya heredadas, otras más, de carácter positivo y amable, constructivo y ejemplar.

Un médico bueno se acostumbra a responder ante la súplica de cualquier enfermo. Un buen sacerdote se acostumbra a vivir para la salvación de sus fieles. Un trabajador de buena fe se acostumbra a hacer las cosas que le tocan, con responsabilidad. Y tú y yo... ¿Cómo andamos de buenas costumbres...? Desde hoy podemos iniciar alguna...

La bicicleta

Desde su nacimiento fue sencilla. Nunca quiso ser más. Ni cosa que volara o cosa que abriera el mar, ni objeto invisible ni aparición milagrosa. Nada más: bicicleta.

Producto de la ocurrencia de un matemático y del financiamiento de un doctor, nació la bicicleta. Jacques Ozanam y Elías Rochard dieron al mundo el biciclo; fue presentado el invento ante Luis XVI y María Antonieta y los reyes sonriendo felicitaron a todos: “Un invento ingenioso para jugar, nuestro aplauso caluroso...”.

Sí, un juego ingenioso, como el cine, como el ábaco, como el fonógrafo, como la cámara fotográfica.

Con el pasar del tiempo, la bicicleta ya no fue un juego. Fue una necesidad y con adornos más o adornos menos, con ventajas originales o renovadoras, la bicicleta sigue siendo así, nada más bicicleta.

¡Qué gran lección de permanencia en el cambio!

El poeta habló de ella: “Radiografía de equilibrio ágil, sobrina del camión, nieta del tren... naípe volando, sílaba doble del correr sin sin. Los pedales, pulmones, te hinchan el deseo y te despiertan la pasión vertical...”. Fragmentos de un poema, verdades instantáneas.

La bicicleta. Gracias a ella, el caminar se convierte en velocidad y millones de ellas circulan por el mundo, alegres, sencillas, vistosas, humildes, prácticas, silenciosas, ágiles y —como libélulas de acero— vuelan sobre las calles, hacia las fábricas, las escuelas o los hogares de cualquier clase social.

Si se les pone motor, ya no son bicicletas. Si se les quita una rueda, igual. Tienen que ser como son, dentro de la sencillez, definitivas. Para el trabajo o para el deporte, son herramientas valiosas y para la meditación, son objetos espléndidos.

Si fuéramos tan fieles a un ideal, como la bicicleta lo es a su existencia...

Los artesanos de la risa

Nadie podrá decirnos quién hizo el primer chiste sobre el mundo. Cómo nació, quizá en la Edad de Piedra, la primera sonrisa primitiva. El Cómico es, según el entender de nuestros tiempos, el encargado de contarnos chistes, el que tiene como oficio hacer reír.

Quizá nació en nuestra madre Eva una extraña sonrisa al escuchar la proposición de la serpiente y la manzana. Quizá nuestro padre Adán sonrió cuando Eva lo quería hacer cómplice de la legendaria aventura, pero nos cuesta trabajo imaginar que estas sonrisas encerraran humor, ese estado incógnito del alma en donde nos desconectamos de la realidad para solazarnos con la imaginación.

Los cómicos en la Edad Media se dieron en llamar “cómicos de la legua”; tenían prohibido trabajar a menos de una legua de distancia de los castillos feudales. Los cómicos acarreaban enfermedades, mala suerte y envidias, por eso había que mantenerlos lejos. Con el tiempo la risa fue adquiriendo categorías profesionales, en Grecia hacer reír era todo un arte.

Díganlo si no las tremendas comedias de Aristófanes que combinaban las carcajadas con la enseñanza moral o con el flagelo político.

En nuestro siglo hacer reír ya es cosa seria, los cómicos son gente bien, ya no “de la legua”. Los tenemos a un metro de distancia en la televisión o a unos cuantos pasos en el teatro. Ya el cómico no es al mismo tiempo payaso, malabarista, mago o músico. Ya sólo es cómico, su presencia impone respeto y la exigencia de un magnífico sueldo; su prestigio es a veces mayor que el de un buen político y más claro que el de un buen negociante.

Hay cómicos que empiezan, que en la televisión son ejemplo, conquistan minutos para expresar su inquietud. Esos cómicos jóvenes, semilleros auténticos en donde se mezcla la necesidad y la gana del triunfo, pueden llegar lejos.

Los cómicos tienen un gran futuro, el mundo necesita reír. Este pobre planeta amenazado por todos, necesita de ese ejercicio natural, sonoro, sencillo y saludable de la risa. Para aquel que sepa hacer reír hay un futuro espléndido, que se prepare, porque hay millones de personas a punto de estallar en llanto.

Para todos los cómicos que empiezan, mis mejores deseos; son como apóstoles de la bondad que cabe en una buena sonrisa, son como aprendices de héroes en esta batalla de la intriga, de la desazón, de la calumnia y del desastre.

Cómico: gracias por hacernos reír, que es en el fondo una forma de encontrarnos con nosotros mismos.

La verdadera educación

De pequeños, se nos dice que hay que ser siempre “bien educados...”. Pero... ¿quién determina lo que es “buena educación”...? Meditemos un poco en ello, es importante aclarar varias cosas, porque... saber no es educar... y educar no siempre exige pretensión universitaria.

Cuando somos pequeños, traemos ya el germen de una educación. Los latinos decían que educar era “sacar de dentro del alma los mejores principios”; reconocían los antiguos que el hombre nacía con una inclinación a la bondad, a la justicia, a la belleza, pero que había de educar, es decir, provocar la madurez de esos principios, haciéndolos parte de su vida diaria.

Instruir. ¡Qué palabra más difícil! Educar... ¡Qué palabra más heroica!

Un instructor nos llena de datos para hacer las cosas, un profesor avanza en esas mecánicas del saber, un maestro verdaderamente nos educa. Somos

buenos instructores cuando enseñamos a manejar a alguien un tractor, somos profesores cuando inculcamos al afán de acumular conocimiento para progresar científicamente, somos maestros cuando logramos tocar el más profundo deseo para que el prójimo sea mejor, ame la justicia, busque la verdad, realice el amor y no se aparte de la belleza.

Con la niñez se empieza una instrucción, con la juventud se fomenta un profesorado, con la madurez primera se anhela un maestro, un verdadero orientador. Por ello nos explicamos que en los pueblos, la sabiduría de los viejos guíe a los jóvenes hacia la virtud y hacia la nobleza; los viejos son maestros, antes que instructores o profesores, categorías por cierto elementalmente escolares.

Seamos instructores de nuestra mente, profesores de nuestra voluntad, maestros de nuestro espíritu. Cultivemos la verdadera educación, la que nos hace brotar el amor a los grandes valores. Sólo así podremos descubrir grandes momentos de felicidad sobre la Tierra.

Una lágrima

Una simple gota de agua, algo de sal quizá y algo de amor también.

Eso es una lágrima para ti y para mí, pero detrás de ella, en cualquier parte del mundo, hay una historia. En el brillo de los ojos de alguien se adivina una emoción profunda, que brota inevitable, vertiginosa y angustiada. Diríase que llorar es darle al mundo el sudor de nuestro espíritu.

Una lágrima en el niño es exigencia, reclamo, ira inocente. En el adolescente es lenguaje primero del amor y la nostalgia. En la juventud el tesoro del tiempo maravilloso del alma. En la madurez la muestra de un infinito deseo de volver a ser. Y en la ancianidad, una lágrima es la muestra de todo un universo interior. El llanto de un anciano es como lluvia de Dios en el desierto de la Tierra. Lluvia que vuelve a ser lejana, inocente, escondida y fecunda por su ilusión de olvido.

Una lágrima. Perla para el poeta, agua para el

científico, palabra para el santo, protesta para el miserable, consuelo para el solitario. Mundo total de breve aparición. Al evaporarse en la mejilla o en un pañuelo, atestigua su humildad: no deja huella alguna, a pesar de haber contenido toda una razón para vivir, morir, soñar, sentir...

Una lágrima. Todos hemos llorado alguna vez. Ella ha sido la muestra de nuestra fragilidad y de nuestra grandeza. Nunca un hombre o una mujer son más grandes que cuando lloran. porque el llanto humano tiene una raíz divina, raíz mojada en agua de paraíso profundo y mágico.

No nos avergoncemos de llorar. La mujer, se dice, es la más predispuesta al llanto. El hombre es más difícil de convencer para vivir sus lágrimas. Y el niño, el más espontáneo para llorar.

Pero todos, un día, conocemos el sabor de una lágrima. Guardémoslo como un tesoro de la sinceridad, como joya que sólo vale a los ojos de Dios.

Los amargados

Los podemos descubrir siempre por su clara manera de mirar el mundo. Si sale el sol, no aguantaremos el calor, si no sale, no tardará esa maldita lluvia..., si les sale algo mal, ya no hallan qué hacer con la existencia y si le atinan a algo, no les durará mucho el gusto...

Son los amargados, seres enfermos, psicológicamente incapaces de salir de su actitud infantil. Creen que el mundo debe girar alrededor de nosotros en vez de que nosotros giremos alrededor del mundo. Mentalidades pequeñas, tristemente pequeñas, en donde la envidia, el miedo y la ira, echan raíces venenosas.

Los amargados no son más que el desecho de la batalla por la vida, son seres que ya no pueden ver a nadie llorar, porque le llaman tonto; para ellos, todo es inútil, confuso, violento y falto de sentido.

Para los amargados no vale nadie, todos son nenes, cretinos o farsantes, ante su implacable juicio. Se creen los reyes de la opinión y al disparar su flecha en-

venenada, se chupan los dedos complacidos, sin saber que se envenenan más... ¡pobrecillos! Son como la Semana Santa, que tarde o temprano acaban por quemarse o por ser arrinconados en un desván con su cara agria y su gesto de matasietes pintarrajeados de furia.

Todos tenemos en nuestra vida diaria cinco minutos de amargura; todos, en el total de nuestro organismo, tenemos unos cuantos centímetros cúbicos de hiel, pero hacer de esos cinco minutos de amargura o de nuestra vesícula biliar objetivo de nuestra vida, es una terrible equivocación...

Tengamos la amargura como un acicate, como un estímulo para buscar lo dulce de la vida. Que lo difícil de esos momentos de hoy, sirva para sembrar y cosechar la sonrisa de mañana. Dios nos dijo que la tierra era un valle de lágrimas, pero no un valle de amargados; las lágrimas son amargas, pero las almas no.

Con los mismos ojos con que lloramos vemos la luz, el color de la esperanza, la forma y el sentido del amor. Las lágrimas sólo sirven para quien ama la vida, como pretexto para mirar mejor: lavan los ojos del espíritu, cristales que nunca deberían perder su transparencia...

La adolescencia

Ser niño, dijo alguien, es un estado de gracia y ser adolescente, agrego yo, es un estado de desgracia.

Al niño se le mimas, se le cuida, se le rodea de amor, alimento, ternura y comprensión; hasta sus trastadas son graciosas. Un niño es irresponsable, inocente, libre, es... un niño.

Pero un adolescente... ¡es peligroso!

Su mirada se torna difícil, sus palabras duras, su conducta no muy ejemplar, sus costumbres raras y su deseo de libertad es molesto e irritante. Su desobediencia es hasta violenta y su alma, antes transparente a nuestros ojos de papás dominantes, se torna contradictoria.

Adolecer es padecer, el que adolece, padece. Sufre la metamorfosis maravillosa y cruel de madurar su cuerpo, de reencontrar su alma, de ejercer su razón, de iniciar su propia manera de equivocarse para sobrevivir.

Los humanos no somos mariposas, no. El gusano aquel, comelón y latoso, se fabrica un capullo y ¡hasta una nueva vida! Llega la primavera y la mariposa sale, temblorosa y vital, asustada y alegre, definitiva y total, a vivir lo que el instinto le marca ciegamente.

El niño no tiene una crisálida, sufre su transformación a la vista de todos. Entonces, su desnudez lo aterriza, su sentido del amor naciente lo confunde, su grito de libertad que nace del sexo y le llega al alma, lo convierte en la zozobra pura; adolece, es adolescente.

Comprendámoslo. Somos nosotros los que hacemos de su adolescencia un infierno, cuando no entendemos que nace a un nuevo vivir, cuando lo queremos niño como antes o le exigimos la madurez que aún no le da el tiempo. Cada adolescente es noble y generoso en la medida en que lo son sus almas circunvecinas; él se convierte en espejo, no lo maldigamos por lo que refleja de nosotros mismos.

Adolece, padece, comprendámoslo; seamos claros, fuertes, nobles, amables y ese muchacho no será un problema; tendrá sus problemas, como los tuvimos nosotros, pero nada más.

Lo suyo es la primavera de la juventud que pronto conquistará y lo convertirá en algo único, irrepetible, asombroso: un hombre total, una mujer entera.

La tolerancia

Extraña virtud que pocos tienen: tolerar. Aceptar al otro como es, con sus grandes diferencias, entender que esas diferencias no alteran nuestro concepto personal ni su estimación afectuosa.

Todos somos diferentes. No hay en el universo una gota de agua igual a otra gota de agua, una hoja de árbol a otra hoja de árbol; sabiendo esto, aún exigimos que los demás sean como nosotros, iguales a nuestra idea, a nuestra opinión, a nuestra creencia, a nuestro gusto.

¡Qué ilusiones tan frágiles!

Precisamente porque somos diferentes, convivimos en este mundo para correspondernos. Lo que no tengo yo, lo tendrás tú, lo que a ti no te toco, se me ha dado a mí. Ofreciendo algo de lo mío a cambio de lo tuyo, sobreviviremos mejor, nos ayudamos ahora, aprendemos a servirnos más.

Resulta que en una plática nos enteramos que fu-

lano no es de nuestra religión, que mengana no es de nuestra tierra, que aquél cree en cosas que nosotros detestamos, que otra gente va contra lo que nosotros defendemos ciegamente y después de esto, ¡a odiarlos!

¿Por qué...? ¿No intentamos acaso comprenderlos antes? ¿Somos tan pequeños, tan inseguros de nosotros mismos que cuando hay algo que amenaza contradecirnos, nos tambaleamos y nos convertimos en agresores, en los que desprecian, ignoran, alejan y anulan a los demás?

¡Cuidado! Seamos tolerantes. Nada tiene que ver una creencia, una convicción científica, una posición política, con el verdadero sentido de la grandeza humana. Voltaire, uno de los ásperos y venenosos pensadores de Francia, afirmó un día a uno de sus contradictores: “Podré no estar de acuerdo con lo que usted cree, pero daré la vida por el derecho que usted tiene a decirlo...”; con ello el filósofo descubría su amor a la verdad, su respeto al pensamiento ajeno, su dignidad de tolerante.

Tolerancia: virtud extraña que nos invita a comprenderlo todo, sin perder nuestra propia concepción de la existencia, nuestra propia manera de vivir.

La educación de los padres

Es idea generalmente aceptada que los padres eduquen a los hijos, pero... ¿quién educa a los padres? Parecerá absurda la pregunta, pero debemos ir pensando en alguna respuesta práctica. Los padres nuevos, desorientados y ocupadísimos. Los padres antiguos, con una perspectiva de la vida, marginados quizá en la opinión afectiva de los hijos.

Aunque no sea muy científico generalizar, es válidamente humano decir que en cada hora, hay un problema con los hijos; ellos responden con rebeldía, evasión, conflicto o soledad a la incomunicación con los padres.

Somos los padres responsables de los hijos, pero no sólo en accidente biológico “por voluntad de Dios”, sino en aceptación de amor y compañía, por eso, aislarnos de ellos y creer que la escuela los educa, es caer en un riesgo admirable: el que nuestros hijos sean tan educados como desconocidos para nuestra calidad de autores responsables de su existencia.

Cuántos padres repiten el pequeño drama de la violencia que lleva a la tragedia, cuántas madres urgidas por la necesidad, dejan a los hijos a su buena suerte la mayor parte del día. El ausentismo del padre en el hogar y la impotencia de la madre para controlarlo, acarrear para los hijos catástrofes internas que se reflejan en la escuela, en sus relaciones afectivas y hasta matrimoniales futuras.

Urge que los padres encontremos una manera de educarnos, no en el sentido escolar de tomar cursos, sino de enterarnos con la debida orientación para dialogar con los hijos e interpretarlos adecuadamente. Esa es la manera de darnos cuenta de ellos, recordar como padres que somos, que la autoridad no se impone en el hogar; se merece. Imponerla ciegamente es invitar a la rebelión, merecerla inteligentemente es convivir y enseñar a vivir.

¿No nos creemos muchos padres la última palabra en sabiduría y en educación hogareña, ignorando la realidad de nuestros días? Acaso es así, exigimos todo un tratado de obediencia sin saber nosotros siquiera una verdadera palabra de amor.

Si queremos en verdad a nuestros hijos, instruyámoslos en una y en otra forma, reflexionando siquiera en la forma de comprenderlos. Démonos cuenta de que una cosa es el orden y otra el pánico creado para imponerlo.

El optimismo auténtico

El que es optimista espera lo mejor, pero no se confía a la suerte. Cultiva su optimismo con trabajo y fe a diario, agrega a lo ya hecho, algo de mayor provecho.

Por ello tenemos que decir que hay optimistas inteligentes y hay optimistas sin un solo motivo para sonreír. El inteligente busca, planea, traza, relaciona y dinamiza lo que vive. El que cree que el optimismo es vivir “a la buena de Dios”, sólo confía en la suerte, azar, el destino, la casualidad...

Una cosecha óptima llega después de una siembra intensiva. Nadie en el campo se pone a pensar que con sólo pedirle a Dios que haya mucho trigo, el trigo crece y se multiplica milagrosamente. ¡No! Los milagros son soluciones prodigiosas para momentos críticos, nunca costumbre de la naturaleza para fomentar nuestra dejadez.

Se es optimista auténtico cuando, tras de luchar conscientemente, se espera un resultado alentador.

Cuando hemos puesto todo de nosotros mismos y esperamos algo de los demás. Cuando hemos dado a este día una dimensión humilde de trabajo y esperanza.

Se es optimista equivocado cuando se cree que con una sonrisa se moverán las piedras, florecerán los árboles y todos nos buscarán para hacernos la vida menos difícil; este optimismo no es tal, se llama quizá fantasía, ensueño, pero no optimismo. A veces vemos a jóvenes tristes, desesperados, hechos trizas a la mitad de la vida y vemos viejos alegres y enérgicos, ambiciosos por vivir apasionadamente. ¿Qué ha pasado? Que muchos jóvenes se ven confusos, porque no han sembrado “optimismo”, sólo fue “ya veremos” o “me tiene que ir bien...”; quienes sembraron ideas, cosecharon hechos, quienes sembraron viento, cosecharán tempestades.

Es cierto, la vida sigue siendo un valle de lágrimas, pero no de griteríos. Las lágrimas no hacen ruido, fortalecen, lavan y alimentan las raíces siempre ávidas del corazón que vale. El optimismo es el fruto de esas lágrimas, es la decisión de esperar lo mejor, porque se ha dado, se ha sembrado lo que vale la pena.

Si la vida aparenta rodearnos de fracasos, de dolor, de sombra, enfermedad o miseria, echemos mano de lo óptimo de nosotros mismos; seamos optimistas porque en nuestra conciencia está el recuerdo de que hemos dado lo mejor y tarde o temprano, florecerá esa semilla. Todo será cosecha, nada será casualidad.

Adoptar un niño

Hace días aprendí algo más. Alguien me decía casi inocentemente: "Fíjate que fulano adoptó un niño...". Detrás de esta frase hay tal contenido de humanidad y trascendencia, que pensé dedicarle tres minutos algún día. Hoy lo hago; mi admiración sincera para quien, pudiendo o no tener descendencia, elige un ser y lo lleva ante la ley para decir: "Lo quiero, me hago responsable de él. Lo llamaré hijo de hoy en adelante. Lo reconozco ante mí y ante todos como entraña; como posesión y como descendencia; lo adopto y le entrego parte de mi existencia entera..."

Es conmovedor que nazca un niño, pero más conmovedor que haya nacido con un probable destino incierto y que alguien se haga responsable de él. Nacer, pienso yo, es un mero resultado biológico; formar, educar, realizar como esencia humana a una criatura, eso es verdadera paternidad íntegra.

Conozco padres cuyos hijos están por ahí, con apellido solamente, son hijos de membrete, sin costumbres paralelas, sin afectos entregados, sin más catego-

ría de hijos que un simple acto biológico y tiempo de por medio. Ser padre, creo, no es dar vida solamente, es entregar una forma de vivir, enseñar a caminar con los pies y con el alma, educar a los ojos para que verdaderamente se asome el espíritu propio al mundo en que vivimos.

¡Qué dura, qué difícil, qué complicada y qué exigente es la paternidad!, no hablemos de la responsable que nos disparan desde campañas publicitarias.

Hablemos de la paternidad verdadera, de aquella que encierra no un montón de células más que llo-ran, sino la paternidad que guarda la vocación de dar, sostener, cultivar el alma para decir: “Te quiero”.

La adopción tiene sus normas, sus condiciones, sus preceptos; lo más admirable es la voluntad de aceptarla. Generalmente nos perdemos en el deslumbramiento del parto materno y nos quedamos festejándolo toda la vida. Para quien ha estado vigilante, solícito y disponible en la necesidad cotidiana, para el padre, poco decimos siempre.

Para ti que adoptaste ese niño, amigo mío, mi admiración sin límite porque demuestras la voluntad de amar en forma definida; al reconocer como hijo a ese ser indefenso, te ennobleces y comprometes para siempre. En ti, la categoría de padre encuentra su más desinteresada y entrañable expresión.

Los silenciosos conejos

Cuando los cartagineses invadieron la Península Ibérica, quedaron asombrados de la cantidad de animales que en el campo había, animales asustadizos y llamativos a los que llamaban “span”, o sea conejos. De ahí, creen muchos, se derivó “España”, país de los “spans”, país de los conejos.

Se extendieron a Francia y a Inglaterra durante la Edad Media y cuando llegaron a Australia, causaron grandes problemas. En 1859 fueron introducidas siete parejas de conejitos a ese gran país. En diez años se multiplicaron tanto, que el gobierno les declaró la guerra, llegándose a matar durante los cinco años siguientes, más de 40 millones de conejos.

¡Los aborígenes de Australia no comen nunca conejo, lo consideran animal inferior!

Vaya si los tiempos cambian. Ahora, en varios países del mundo, se le considera el animal más útil para proporcionar carne sana y barata, relativamente. Su existencia atrae la atención de millones de perso-

nas en el mundo: ¡a criar conejos!

De apariencia tierna y gentil, callado y cauteloso, asustadizo y generalmente fácil de domesticar, el conejo sigue siendo un animal enigma. Poco conocemos de su origen. De sus costumbres, poco sabemos en realidad y desde luego, la fantasía hace de él sujeto de ensueños, magias y ocurrencias. Dentro de su hermosura sencilla, hay rasgos de ternura y nobleza ejemplar, dentro de su celo por las crías, hay la furia de la conservación de la especie.

En la infancia nos acompaña desde años: “¿A dónde vas, conejo Blas, con esa escopeta colgada ahí atrás...?”. “Corre conejo, corre a ocultarte, van a matarte, corre veloz...”. El conejo de *Alicia en el país de las maravillas*, el otro, el de la televisión y tantos más.

Los niños los quieren. Los adultos los aprovechan y ellos, siguen ahí, silenciosos. Los niños los miman. Los adultos los matan y ellos, ahí en silencio, con sus ojos grandes, asustados, limpios y extrañados. Los niños los cuidan y los adultos... bueno, los adultos siguen siendo capaces de todo, menos de imaginar que un conejo es un poema en cuatro patas.

A propósito... ¿Quién de nosotros ha visto, en la luna llena, la siempre fácil, siempre mágica silueta de un conejo...?

Conejos: símbolos, enigmas, soluciones, fantasía y... ternura inacabable para la imaginación infantil...

De veras... ¿No han visto en la luna la sombra

de un conejo...? Los astronautas nunca dijeron nada...
¿Lo habrán cazado al conquistar la luna?

El escepticismo

Escéptico es aquél que no cree en nada, que desconfía de todo, aquel que ante un fenómeno, llámese persona, animal o cosa, comenta: “puede que sí, puede que no, lo más seguro es que quién sabe...”.

El escepticismo es una doctrina filosófica que afirma que la verdad no existe o que el hombre, si la verdad existe, es incapaz de reconocerla. Desde Pirrón, allá entre los griegos antes de Cristo, el escepticismo era no sólo una actitud, era todo un arte para encontrar la verdad.

Lo opuesto al escepticismo es la certeza. Estar cierto de una cosa es tener conciencia de ella, entenderla y analizarla hasta sus máximas consecuencias. A nadie se le ocurre estar escéptico ante la muerte, ahí hay una certeza que acaba con los escépticos y que prepara a quienes están ciertos de ella, a aparecer ante sí mismos. Cierto es que hay muchas cosas que ignoramos, pero también es cierto que sabemos algunas otras más.

Partiendo de esta idea, nuestro escepticismo, nuestra incredulidad, nuestra duda, va tomando rasgos de verdad. Como si en la larga noche de nuestra ignorancia aparecieran jirones de luz, estrellas fugaces, chispas de algo que guía o llena de esperanza, certezas de verdad que nos hacen decidirnos hacia el bien, hacia el entendimiento del prójimo, hacia la paciencia necesaria con nosotros mismos.

Decía Víctor Hugo, ese inacabable gigante del pensamiento universal, que el escepticismo es la caries de la inteligencia. ¡Qué buena imagen! El escepticismo devora poco a poco a quien lo acepta, lo corroe lentamente porque ha sido la fe, la capacidad de creer, lo que ha hecho grande a la humanidad niña.

Quien permita en su corazón la duda como refugio, está fabricándose una enorme cueva en la que se perderá, como en un laberinto irresponsable.

Recordemos el origen primario de “escepticismo”; es la palabra griega *skepestai*, “considerar”; eso es, consideremos, no sólo dudemos. La duda es un punto de partida, nunca un fin. Consideremos y llegaremos a creer; creer es vivir, dudar es abstenerse de vivir y volver a creer es sobrevivir.

No tengamos la falsa idea de que la fe sólo sirve para colgarle milagros a los santos, no, la fe es la fuerza que mueve al mundo, que te mueve a ti, y que me hace decir a mí: “Creo que éste es un día que me pertenece, creo que llenaré sus horas de impulsos nobles y valiosos. Creo que si me han derrotado ahora, no me ganarán mañana. Creo que mañana no sólo es otro día, sino otra oportunidad para hacer de mí mismo testimonio de lucha por el amor, la verdad y la belleza,

la justicia”.

Recordemos: *skepestai* es considerar. Consideremos que, para llegar a la verdad, podremos partir de una duda, pero jamás instalarnos en ella. Es como si quisiéramos, aprovechando un mapa cualquiera, atravesar el mar haciendo un barco de papel; esa inocencia nos dolerá toda nuestra vida.

Elogio y crisis de la mecedora

La mecedora ya no es, como antaño, parte central del amueblado hogareño. Era sillón favorito para quien visitaba la casa. Recurso de meditación, gozo, arrullo y distracción. Mecedora: silla cordial, sillón con algo de ternura, silla vuelta a nacer jovial, sillón con vida propia. Lo demás, es historia.

En una mecedora se arrulló a un niño, se concibió una nueva esperanza, se trabó diálogo amigo, se planeó comenzar grandes empresas y se invitó a decir: “Mañana será otro día...”.

La mecedora ya está en crisis, las sillas de ahora son duras, verticales, ásperas, de elegancia sorda y efímera, de resistencia aparente y comercial. Sillas acolchonadas para disfrazar su modernísimo vacío, sillas con plástico o metal atractivo. Sillas al fin, no mecedoras.

Quién no recuerda en la mecedora a la abuela leyendo un viejo libro, al abuelo fumando un cigarrillo de hoja, a la tía, con gafas y peinado de chongo, escu-

driñando quién acaba de llegar a la puerta de la casa. Y a la madre, jove o madura arrullando con más esperanzas que paciencia, al niño aquél que a lo mejor ya era cualquiera de nosotros.

Mecedora, forma gentil de descansar no sólo el cuerpo, sino también el alma. Retorno al vaivén de un océano perdido, de un arrullo inconsciente, de un flotar en recursos más gentiles que los de una simple silla.

Mecedora, ayer de los descansos, madre de los ensueños libres y barca en donde se navega con la sonrisa como enorme vela, con los brazos pendientes hacia el dulce no hacer nada de las tardes de pueblo.

Quedas atrás, con abuelos, tías, madres de otros años felices, te vas quedando sola, como muestra curiosa de un tiempo pueblerino y distante. Quizás acabes como leña de chimenea, como pretexto para encender fogatas en los inviernos de las barriadas modernísimas o en el sillón presumido, porque tu triunfo ha sido el de poder hacer reír y sonreír a la tristeza más amarga. ¿Recordamos?

Los días sin color

Buscando unos viejos papeles, me encontré con una cita de Emerson que me impactó súbitamente: “El hoy es un rey enmascarado. Hoy parece siempre mezquino para aquellos que no reflexionan frente a la constante experiencia de saber que toda actividad grande y dichosa, está hecha precisamente de esos días sin color. No nos dejemos engañar así, desenmascaremos al rey cuando pase”.

Hay ocasiones en que uno se pregunta qué se hicieron tantos días fugitivos, tantos días escapados de la palma de la mano, sin destino aparente y sin objetivo especial. Días que ya no se recuerdan, que son polvo de hastío y sombras mínimas de mejores tiempos.

Ahora le doy a esos días un mérito singular; eran reyes disfrazados de mendigos ociosos y de apariencia gris, se fueron sin que uno los pudiera detener para exigirles un porqué de su existencia, un para qué de su momento, pero el error es nuestro.

No sabemos descubrir precisamente en este día,

la oportunidad maravillosa de escribir esa carta, de hacer esa llamada, de atravesar la calle y visitar a esa persona, de buscar ese recuerdo y convertirlo en poema, en cuadro, en sonrisa, en tema de conversación amiga y verdadera. ¡Qué difícil es entender esa palabra! ¡Hoy!

Difícil porque no existe en apariencia. Camina sigilosa entre el ayer y el mañana, por desfiladero de tentaciones gratuitas para que no lo descubramos en todo su valor. Rey disfrazado, presencia libre que se desvanece en silencio, hora tras hora, hasta convertirse en parte del pasado irrevocable, en posibilidad esfumada, en probabilidad jamás retornable.

Hoy, mitad misterio y mitad asombro, mitad ausencia y mitad olvido. Existencia fantasmal, desvaída en la agitación de horas y minutos que tratamos de atrapar agitándonos sin resultado alguno: hoy.

Contra el escapismo del tiempo irrevocable, queda la acción; acción que deja huella y resultado, acción creadora y verdadera, acción silenciosa como el paso de hoy, pero que dará al fin y al cabo un resultado; hacer realidad mañana lo que apenas es deseo... hoy.

Las giras

Giran en el universo todas las cosas, giran los planetas alrededor del Sol, giran los átomos alrededor del núcleo, gira el enamorado alrededor de lo que cree su amor y gira el paciente animal alrededor del molino. Todo es girar en la vida, hija mía.

Gira la Tierra a millares de kilómetros por hora y no nos damos cuenta. Gira la sangre nuestra alrededor de nuestro cuerpo y no la percibimos. Gira el girasol y nadie lo subraya. Gira la lágrima al deslizarse en la mejilla y nunca hemos deseado comprobarlo.

Cuando alguien me dijo que iniciarías una gira, recordé la verdad del proverbio chino: “El girar de la rueda es más importante que el cantar del cochero y el girar de la piedra del molino es tan importante como el pan”.

¿Sabes? Me agradó que comenzaras una gira por pueblos, villas y ciudades, que durante treinta largos días, hora tras hora, sintieras que el mundo no es sólo nuestro pequeño contorno, sino algo más: un contem-

plar de rostros y caminos, de veredas y manos, de razones y sueños inesperados casi de sombras y luces.

Camerinos tristes y ajenos, corredores simples y cuartos de hotel que saben a secuestro espiritual y a novedad amarga, rostros y palabras como torrente diario. ¿Te diste cuenta de que al representar la misma obra, no era la misma siempre? ¿Percibiste en el río de las horas pececillos secretos de zozobra y hastío? ¿Te nutriste de ese calor extraño que brota de la gente cuando admira y aplaude?

Buena gira, porque andar y andar descubriendo la entraña del suspiro, es misión de almas grandes. Buena gira porque el trabajo cotidiano, asaltado de pronto por el cerco de millares de ojos, ya no sólo es trabajo, sino trigal seguro para el alma.

Porque la vida gira, por ello irnos de gira no es novedad, sino precisa obligación de peregrinos ávidos de vida. Irse de gira es recordar otras formas de girar, es descubrir un viento, como lo hace el humilde rehilete, y sentirse tan vivo y alegre como él, confundido en colores, vibrante de pulso y sorpresa.

Gira el dolor como gaviota trágica a nuestro alrededor, gira la vida por cada una de nuestras células, gira la música y gira la palabra, todo gira y procede a realizar su particular destino.

Tú has girado y girado hasta el cansancio. Como en tus clases de danza, como en tus clases de meditación, y ese girar te ha sacado a los ojos una gran realidad: irse de gira es irse muy lejos llevándose a uno mismo hasta el cansancio.

Buena gira, hija mía. Ella te ha enseñado, creo yo, que vivir es girar y girar es vivir. Lo demás es sólo casualidad geométrica, ocurrencia feliz. El secreto está en girar, no con el viento inútil, sino con el alto viento de lo íntimo de lo que te mueve el alma; hacerla exclamar:

“El que gira suspira y el que suspira alcanza a despegar las alas hacia un vuelo sin fin”.

La economía y el matrimonio

Hace poco se afirmaba que debido quizá a lo difícil de la economía actual, los matrimonios habrán descendido en número. Los novios, antes de dar el sí, consultan el salario mínimo con un poco de recelo... y un mucho de razón.

Cierto es aquél refrán milenario: “Cuando la necesidad entra por la puerta, huye el amor por la ventana”. El matrimonio no sólo tiene bases sólidas en el afecto, sino que también tiene paredes y techos de pesos y centavos. Quien se atreva a negar esto, no sabe lo que es el matrimonio o simplemente no es un ser de este planeta; nuestras mujeres y nuestros hijos no comen cariño, no beben ilusión ni piden sueños; comen pan, beben leche, piden ropa, escuela y cierta comodidad.

Que la mitra nos diga que baja el número de matrimonios, nos invita a subrayar a los que se aman, que no olviden que si querer es poder, tener es realizar.

Siempre ha habido tiempos duros y en ellos mu-

chas bodas, pero sería curioso preguntarle a la estadística cuántos matrimonios sobreviven no digamos a la pobreza o a la necesidad, costumbre ya aceptada, sino a la miseria. Cuando faltan unas monedas, llega la urgencia, el hambre, los problemas y con ello, el nerviosismo, la inquietud, la mutua acusación de incapacidad y desde luego, el enfriamiento y el alejamiento espiritual.

Novios actuales: consulten su presupuesto amoroso y también su capacidad de trabajar. No se embarquen en el navío que hace agua desde el puerto. Hagan de la fe en el amor un medio para sobrevivir, no un fin para naufragar. Matrimonios de hoy: reflexionen sobre la economía, sobrelleven los tiempos angostos, sorteen la necesidad inteligentemente y no hagan del derroche de hoy el pretexto para el pleito de mañana; seamos amorosos pero inteligentes.

Partamos de la base de que el verdadero amor genera riqueza, pero todo a través del trabajo, del tiempo y de la fe mutua en sobrellevar las cargas lógicas del matrimonio. Antes de casarse, enamorados de hoy, decídanse a entender el matrimonio como una sociedad optimista, pero real, llena de riesgos, tareas, incomprendiones y esperanzas.

Mientras el amor no se devalué, jamás las monedas del alma valdrán lo suyo en el mercado de la vida; oro puro y diamantes son las ideas y sentimientos de quienes se aman y trabajan para conservar su amor.

La sabia inutilidad

No sé si les haya pasado a ustedes, pero a mí me sucede con frecuencia: me agrede un sentimiento de inutilidad por todo, me da por pensar que lo que uno hace, piensa, dice o planea es inútil. Que detrás de esta cortina de gestos, actitudes, esfuerzos y voluntades, no hay más obra de teatro que el olvido y cuando se descubre el telón, cuando creemos que va a suceder algo importante, lo que pasa es un silencio aterrador, un vacío en la escena que no se explica nadie, una clara oscuridad cotidiana que angustia y ensombrece el corazón: la inutilidad.

El polvo que se acumula diariamente sobre nosotros, la fórmula secreta de la inmortalidad inexistente, el quién sabe feliz, el no hay nada en el fondo, el basta de esforzarse más, un hasta luego a la esperanza y el punto y aparte de nuestra condición de espectadores infinitos: la inutilidad.

La sensación de ser un poco nadie, comprobada por la indiferencia de los demás. El deseo de decir: "aquí estoy" ahogado por el murmullo de la multi-

tud solitaria. Las ganas de estallar en llanto o en carcajadas insólitas, destejida sutilmente por un diario, cotidiano y calcinante: ¿para qué...?

A mí me ha pasado a veces, hoy por ejemplo, que creo que todo resulta inútil, que nada vale la pena, que cada quien lo suyo y basta, que los demás sólo son escenario para el propio drama, que a nadie ni a Dios mismo interesa, que la soledad propia es castillo feudal insobornable, al que no llegarán jamás lejanos caballeros o damas legendarias, amigos esperados o amores presentidos, que el puente levadizo del diálogo genial, está enmohecido para siempre y que las serpientes que rodean el foso del castillo son lo único verdadero de este mundo apartado: la inutilidad.

¿Y aquella palabra afectuosa que regresó convertida en sonrisa después de veinte años...? ¿Y ese gesto de comprensión que dio origen a una voluntad heroica en quien nos contemplaba...? ¿Y el pensamiento que tuvimos y que se convirtió en realidad de un momento a otro...? ¿Y la carta que creíamos perdida y regresó en forma de afecto verdadero...? ¿Y aquel pedazo de papel que se convirtió en llave mágica de nuestra fe...? Entonces... ¿Habrà algo útil en la vida?

La inspiración

Ya en la antigüedad se rendía reverencia a quienes, arrebatados por extraña fuerza divina o mágica, creaban grupos de palabras, pinturas o simbolismos extraordinarios para la tribu. Se hablaba de posesión, arrebato y mal del cielo.

Los griegos mencionaron mucho la fábula de que las musas raptaban al poeta, inspirándolo en su obra, y la belleza era el resultado de esa rara enajenación del artista, del estudioso y del filósofo.

La inspiración no es sólo del artista, sino de todo aquel que en su comunidad arroja de pronto algo inesperado y sorprendente, algo que soluciona, estremece, atrae o convence. Hasta los hombres de negocios tienen sus ratos de verdadera inspiración para “inventar” sistemas que son auténticas creaciones en su medio.

La inspiración es el resultado lógico de una disposición de ánimo, no como lo afirmaban los románticos, “sólo una visita inesperada de las musas”. Es

el momento en el que se nos ocurre algo digno, ya de expresión estética o de proposición práctica o científica. Inspiración la tienen los inventores, los técnicos, los investigadores, y todo aquel que busca, ya es digno de encontrar.

Muchos piensan que debemos rodearnos de comodidades para lograr la inspiración: falso. La chispa que ata prodigiosamente los cabos sueltos de aquello que nos preocupa, es chispa que ilumina misteriosamente un camino que no sospechábamos, llega dondequiera, donde sea.

San Juan de la Cruz, en su celda triste y maloliente, en prisión, escribió los versos más claros y emocionados de la *Noche oscura del alma*. Su disposición de ánimo, su ansia de hacer brotar de su corazón el perdón para sus enemigos y la idea de la misericordia divina, lo guiaron de la mano para sus inmortales poemas.

Tú mismo, tú misma, deberás recordar que la inspiración te asaltó en aquella ocasión, cuando ya no había salidas aparentes... fue entonces que...

Hay que merecer la inspiración, trabajando siempre, no contemplando ociosamente todo, sino buscando el sentido oculto de este mundo externo e interno que nos ha tocado vivir.

Unos proverbios chinos

En la antigua China había costumbres muy originales, casi contrarias a lo que nosotros llamamos costumbres “occidentales”. Cuando alguien moría, la familia se vestía de blanco; era su forma de demostrar el luto. Cuando el médico llegaba a una hora, se le invitaba a cenar o a comer después de ver al enfermo; el doctor se ofendía si se le ofrecía dinero. Pueblo legendario el pueblo chino, pueblo sabio. Hay varios proverbios memorables...

¿Somos comerciantes? “El hombre que no sepa sonreír a tiempo, mejor que no se atreva a abrir una tienda”. ¿Somos ambiciosos? “El deseo malo o bueno, sólo da felicidad cuando queda destruido...”.

¿Somos poderosos? “Quien es temido por muchos, debe temer a muchos”. ¿Deseamos riquezas? “Un tonto podrá ganar dinero, sólo un sabio podrá gastarlo bien”.

Frases sencillas, breves, definitivas. Encierran verdades acumuladas por años, siglos, milenios. La hu-

manidad siempre es la misma y saludable le resulta recordar cosas como:

“Si preguntas algo que ya sabes es que piensas hacer algo que no debes”.

“Si estás peleado con el gallo, ¿quién te anunciará el nuevo amanecer?”.

“Cuando un enano sube una escalera, cada paso le parece más alto...”.

“Antes de cerrar la mano, cuenta bien tus dedos, no vaya a faltarte uno”.

“La gloria se alcanza en el palacio. La fortuna en el mercado y la virtud en el desierto”.

El proverbio no es solamente chino, es árabe, indio, judío, azteca, persa. Es de cualquier raza que haya asimilado la dulce amargura de la experiencia diaria. A veces, dudamos al decidirnos a ser un poco mejores, un poco más buenos, un poco más sencillos y sinceros. Recordemos entonces otro proverbio tan breve y tan definitivo como nuestra duda:

“Cuando la flecha está en el arco, debe partir...”.

La armonía de los contrarios

Curiosa ley la del cosmos: la armonía de los contrarios.

Todo en la vida es equilibrio, lucha entre lo positivo y lo negativo, entre el bien y el mal, entre lo temporal y lo eterno.

¿Has observado una pintura...? Fíjate que si fuera sólo un color el dominante, no existiría su dibujo. ¿Has visto con cuidado un retrato...? si sólo predominara el blanco, no existiría su imagen; es lo contrario lo que subraya una realidad. Gracias a las líneas negras, vemos los contornos blancos. En el cosmos hay dos fuerzas que mueven a los cuerpos celestes: una que desea alejarlos como bólidos hacia el infinito y otra que busca que choquen atraídos entre sí; nada de esto sucede, porque las fuerzas están en armonía, a pesar de ser contrarias.

Piensa y mira a tu alrededor. Todo está equilibrado, aunque parezca contradictorio. ¿Y si sólo existiera el sonido, sin su contrario, el silencio...? ¿Y si

sólo tuviéramos silencio...? Es precisamente en la armonía de ellos en la que basamos nuestra vida diaria.

¿Y si nadie muriera en el planeta...? ¿Y si no olvidáramos muchas cosas, si lo recordáramos todo, absolutamente todo...? ¿Y si nuestra vida careciera de sueño, si sólo fuera actividad sin descanso...?

Trata de armonizarlo todo. Equilibra en lo posible los polos contrarios de tu vida. Comprende que la existencia se hace del sí y del no, del blanco y del negro, del ayer y del mañana.

Los contrarios no se destruyen si los combinamos inteligentemente.

Esto que estás leyendo o escuchando, por ejemplo, es la armonía de un blanco total de papel y un negro organizado de la letra. De un tiempo que considerabas disponible y de un instante que acabas de ganar.

La vida oscila entre las dos cosas contrarias: la ganancia y la pérdida de amor. Si logras armonizar estas dos cosas, no habrás vivido en vano.

Parentescos y problemas

Hay casos, decían los abuelos, como para ver al juez y no decirle nada... Un pasatiempo escrito nos recuerda estas cosas. En efecto, nos enviaron este escrito que repetimos, sonriendo:

“Estimado señor Juez:

Escribo esta carta para aclarar que no se culpe a nadie de mi muerte. Me quité la vida porque dos días más que hubiera vivido, hubiera perdido la razón tratando de averiguar quién soy.

Verá usted mi tragedia. Tuve la debilidad de casarme con una señora viuda que tenía una hija casadera. Mi padre, que también era viudo, se enamoró tiempo después de mi propia hija política y se casó con ella, por lo que mi padre pasó a ser mi yerno y mi hija política mi madrastra, porque era la mujer de mi padre. Algún tiempo después su mujer tuvo un hijo el cual pasó a ser mi hermano, por ser hijo de mi padre y al mismo tiempo mi nieto, puesto que era hijo de mi hija política.

Mi mujer resultó entonces ser mi abuela ya que era madre de la madre del hijo de mi padre, así es que yo era nieto y marido de la abuela de una persona. El resultado de esta serie es que he llegado a ser mi propio abuelo.

Claro que una computadora nos resolvería en tres segundos este enigma, comprobándolo, pero si desean otro laberinto más sencillo, les repetimos lo que nos platicó hace días un amigo:

“Si yo soy amigo de los enemigos de los que combaten a los amigos de los antivegetarianos, dígame ¿como o no como carne...?”

¿Lo repetimos...?

Este tipo de pasatiempos no deja de ser oportuno en esta época en que las máquinas lo hacen todo... ¿Podrá nuestra máquina cerebral seguir descifrando enigmas o al menos un inocente pasatiempo, el de nuestra vida diaria?

La nostalgia

Formada por dos palabras griegas, nostalgia es la sensación de tristeza que nos invade, por el bien perdido. *Nostos*, pérdida y *algo*, dolor. El dolor por la pérdida, el pesar por lo que ya no está a nuestro alcance, el casi llanto por lo que ya no volverá jamás.

Para muchos, placer de tontos, para otros, necesidad vital. Para unos pocos, fuente de inspiración artística; para los demás, pasajero malestar que hay que desaparecer con la aspirina de una ilusión cualquiera.

La nostalgia nos nace de los entretelones del alma, de ahí de donde viene esa vaga sensación de que no somos nada, de que la comedia que estamos representando con tanto éxito, tendrá algún día una última función con pocos espectadores y quizá un hastío de nuestros actores principales.

Nos la han disfrazado de evocación vaporosa, de ensoñación sublime, de suspiros vagos e indescifrables, de atmósfera de cuento o simulacro de dolor, pero en el fondo eso es, dolor, dolor por lo perdido que no

regresa jamás.

El beso aquel que dimos creyendo ser comprendidos totalmente, la caricia que se tornó poema, la palabra que se hizo música, la música que se hizo paisaje y el paisaje que se deshizo en pedazos de olvido. Todo, todo lo comprende y lo alimenta la nostalgia, esa hada madrina de nuestra imaginación cansada, esa madre adoptiva de nuestra soledad, esa fuente de lágrimas que apenas si alcanza a humedecernos el alma.

Como todo dolor, tiene su lado hermoso. Nos purifica de lo pasajero. Nos hace ver que aquello que creíamos eterno, sólo es cristal que se deshace, humo tornasolado a merced del viento de la tarde, dibujo sobre el agua que huye para siempre cuando lo queremos tocar.

Nostalgia. Cuando los asalte, démosle la bienvenida. Siempre un poco de reflexión es saludable. Siempre un poco de llanto sirve para lavar el estropeado corazón que palpita por inercia a veces, sin entender la verdadera vida. Quizá esa vida que se nos fue y por nueva vida, la de la esperanza, que es como hija humilde de la nostalgia misma.

Bienvenida la tristeza que nos enseña a sonreír; gracias a ella alcanzaremos el reino de la sabiduría.

Don Nadie

Es todo un personaje. Está ahí, acechando con su sonrisa oculta nuestros actos. Se dispone día a día a criticarlo todo, a destruirlo todo, a contradecirlo todo. No es alguien a quien podamos dirigirnos concreta y claramente, no es alguien que valga por lo que ha hecho. Simplemente es... Don Nadie.

Es producto de la mediocridad, hijo de la maledicencia, pariente de la amargura y padre de la frustración. Según los ocultistas encarna en personas de ambos sexos, en noches sin luna y durante sueños ociosos. Según los sociólogos es el hombre-masa, sin opinión, llevado por las modas y los caprichos de su alrededor. Según la gente que está cerca de Dios, es un simple lobo con piel de oveja, balando solitario con aullidos lejanos.

Es Don Nadie. Te acecha, te sigue, te observa para hacer de tu vida muy pronto algo semejante a la suya. Vida gris, macilenta, devorada por un mañana que nunca llega, y sepultada por un ayer sin importancia alguna.

Don Nadie habita fácilmente en los corazones solitarios, en los ojos envidiosos, en los pies sin camino, en las manos egoístas y en las lenguas venenosas. Don Nadie no da jamás la cara, lo sientes vivir a tu sombra pero jamás te enseñará su rostro, es algo que no es alguien y alguien que no es nada.

Cuando se reúnen varias personas nace un grupo; cuando están juntos muchos Don Nadie, se engendra la multitud. El grupo trabaja y piensa, intercambia y aprende. La multitud grita, arrastra, confunde y agrede. Uno puede en la vida pertenecer a un grupo, dar de sí mismo algo a los demás que conoce. Don Nadie vive en la multitud y se alimenta de ella; lejos de ser aliento para crear, es ahogo para morir.

Don Nadie detesta la personalidad de alguna gente, la considera una ofensa para su soledad; ataca, gruñón e ingrato, desde lo anónimo de su tristeza, a quien sonrío esperanzado. Don Nadie no perdona el amor, ni el éxito, ni la ilusión. Don Nadie hombre-mujer, está a la caza de errores y defectos para reír con ellos, complaciéndose en la miseria humana.

No seas Don Nadie, evítate ocultar el verdadero rostro, enfrenta una mirada sincera a los demás. Quizá eres pobre, triste, humilde, solitario o distraído, pero tú hombre o mujer, no eres ni debes ser Don Nadie. Deja que sean Don Nadie todos los cobardes de la Tierra, deja que se arrastren, gusanos, nunca crisálidas, quienes afirman que esta vida no vale la pena de vivirse bien.

Sé tú mismo, búscate a ti mismo. Verás qué sencillo es, cada día, decirse con algo de amor por den-

tro: “Yo soy brizna del cosmos. Yo soy trigo celeste. Yo soy algo que tiene un rostro, un espíritu, un aliento que tiene un nombre propio que no morirá jamás”.

Ante tales palabras pronunciadas con la verdad del alma, retrocede el olvido, se disuelve la muerte y se abren, tarde o temprano, las puertas de la eternidad.

La otra humanidad

Hace poco un antropólogo, el doctor Javier Cabrera, de Perú, descubrió unas piedras cuya antigüedad data de varios millones de años. No es raro que haya piedras de millones de años atrás; lo raro es que tengan dibujos extraños, que describen cosas fantásticas: cómo matar un dinosaurio, la manera de trasplantar un corazón sin que existan rechazos, la manera de explorar las galaxias y viajar entre ellas... Sí... es increíble, pero...

¡Existió otra humanidad! Otra humanidad que vivió hace millones de años, contradiciendo toda nuestra historia oficial, nuestra creencia de que somos "recientes" de hace apenas unos miles de años... ¡Qué humillación!

Sí, qué humillación para quienes podemos apretar un botón y hacer explotar la mitad de la Tierra. Para quienes vemos en la medicina el comercio legal más criminal. Para quienes hacemos de la fe de Jesús una industria de conveniencias y apariencias. Humillación para los que son dueños de vidas, países, al-

mas y destinos. Para quienes debajo de una bota o en el filo de una bayoneta ponen la razón de la fuerza y no la fuerza de la razón.

Sí, existió otra humanidad que viajó por las estrellas, sembrando ideas y esperanzas... ¡Qué gran problema! Qué gran escándalo para nosotros, los “hijos únicos” del cosmos, perfectos hasta en la forma de ase-sinar cuerpos, conciencias y sonrisas.

¡Qué humillación!

Porque esa “otra humanidad”, que ahora la ciencia tendrá que explicar, luchó contra los dinosaurios, no contra las políticas; encontró la salud del prójimo con recursos secretos, no con explotaciones descaradas, y nos dejó en los desiertos de Ocucaje, en Perú, más de 45 mil piedras aún sin clasificar, que cuentan su odisea en este planeta, en este simple grano de polvo que flota en el espacio...

Dios mío... ¡Qué pueba tan difícil para nuestra soberbia humana!

Dos breves y únicas palabras

Si alguien nos preguntara cuáles son las dos palabras más importantes para nosotros en la vida, generalmente mencionaríamos entre ellas: amor, libertad, vida, muerte, eternidad, soledad, inteligencia... o muchas más.

Pero erramos. Las dos palabras más importantes son: Sí y No. Detrás de ellas está la Historia, nuestra historia. La tuya y la mía. Detrás de esas cuatro letras está el edificio de nuestra razón, de nuestra posibilidad. Sí y No. Lo demás es, querámoslo o rechacémoslo, adorno, envoltura, consecuencia y oscilación didáctica.

El acto de ser humano encierra estas palabras dramáticamente; a través del tiempo, su ejercicio va determinándolo todo. Sí eso, No aquello. La vida se entreteje de resultados y posibilidades alrededor de Sí y No.

Las computadoras han permitido perfeccionar la velocidad de su elección, mas no modificar su vital es-

estructura: Sí y No. Lo demás, si la razón lo permite, es caso duda, huída a su definitiva aparición, a su penetrante y terrible certeza de ondular abismo: Sí y No.

Busquemos en la historia, en la filosofía, en las matemáticas, en la química, en la biología, en la astronomía. Ahí están ellas, escondidas detrás de los hechos, agazapadas desde hace milenios, jugando al ratón y al gato con nuestra zozobra de seres supervalorados: Sí y No.

Alguién en el mundo dice “Sí” y las cosas cambian; alguien dice “No” y cambia el mundo. Desde el ser más poderoso de la Tierra hasta el más humilde tienen la capacidad de pronunciarlas y de hacer con ellas el prodigio de marcar derrotero a su ambición.

Lo tragicómico del caso es que cada día, cientos o docenas de veces las pronunciamos, sin mayor importancia. ¡Vaya que las tienen! Porque aquél tarde o temprano se habrá de arrepentir.

Sí y No; dos breves, únicas, oscuras, sencillas, intermitentes y definitivas palabras alrededor de las cuales gira el destino nuestro y el de nuestros semejantes.

Si pensamos un poco, ya en este día hemos dicho varias veces “Sí” y varias veces hemos dicho “No”; ¿cuántas veces reflexionamos plenamente al pronunciarlas?

El hombre y la mujer

Siempre se ha dicho que el hombre domina a la mujer y que la mujer manda. Siempre se ha dicho que hay una lucha entre los sexos, pero a través de los siglos hay ocasiones en que seres privilegiados como los poetas, nos dan respuestas que la filosofía, la lógica o la historia no nos alcanzan a dar. Hoy vamos a recordar unas palabras del inmortal francés Víctor Hugo, palabras que hablan con una verdad poética, verdad que va más allá del tiempo y del espacio sobre el hombre y la mujer. Un día Víctor Hugo escribió:

“El hombre es la más elevada de las criaturas.
La mujer es el más sublime de los ideales.
El hombre es el cerebro. La mujer es el corazón,
el cerebro fabrica la luz, el corazón el amor.

La luz fecunda, el amor resucita.
El hombre es un código. La mujer es un evangelio.

El código corrige, el evangelio perfecciona.

El hombre es un templo. La mujer es el sagrario.

Ante el templo nos descubrimos; ante el sagrario nos arrodillamos.

El hombre piensa. La mujer sueña.

Pensar es tener en el cráneo una larva: soñar es tener en la frente una aureola.

El hombre es un océano. La mujer es el lago.

El océano tiene la perla que adorna; el lago la poesía que deslumbra.

El hombre es el águila que vuela. La mujer es el ruiseñor que canta. Volar es dominar el espacio; cantar es conquistar el alma.

En fin el hombre está colocado donde termina la tierra.

La mujer donde comienza el cielo''.

Qué hermoso es el mundo cuando un poeta nos hace meditar en el hombre y la mujer, en que no son ni superiores ni inferiores sino diferentes. El hombre y la mujer van en un destino cósmico cumpliendo la voluntad de ese Alguien que está por encima de nuestros cinco sentidos, pero que es fácil adivinar con el sexto sentido que es el más difícil de comprender: el sentido común.

La nobleza del árbol

Nada hay tan callado y tan noble como un árbol; crece en la soledad, los años se le acumulan y su fuerza se derrama en tronco, ramas, flores, frutos.

Cuando joven, nos otorga su vigor transformado en sombra bienhechora, en frutos generosos. Cuando anciano, nos brinda su propio ser para darnos cosas útiles... ¡Cuántas cosas se hacen con la madera de los viejos árboles! Hasta leña. Sí, aun muerto, el árbol nos acompaña en forma de llamas útiles, devuelve la energía solar acumulada por tanto tiempo en forma de calor, chispas, lenguas de fuego cálido y muy útil para todos.

Los pueblos del mundo están ligados a un río y... a unos árboles; ellos han cobijado la cuna de la civilización, los primeros ensueños del hombre por entender este mundo. Los árboles han protegido su cuerpo de las tempestades, de la nieve y del sol terrible en los veranos tórridos, siempre con su silencio majestuoso. Si acaso, un leve rumor del viento entre las hojas o un chasquido amigable que brota de sus ramas.

Hay árboles cuya muerte no significa gran cosa, no servirán para leña siquiera, ni para un mueble de hogar, ni para un juguete; sin embargo, el destino les otorga dones maravillosos, como el árbol “Tsofor” de Nubia, Africa; éste produce una goma que los insectos buscan perforando su tronco y sus ramas y cada trozo del árbol se convierte en una pequeña flauta. El viento del desierto, feroz, despiadado y ardiente, sale convertido en música por la disposición del árbol.

Hermosa lección para nosotros la del árbol, hermosa lección de noble renunciamiento, generosidad y poesía, aun más allá del fin de la existencia.

La rosa que ya no existe

Ayer me dijo uno de mis hijos: papá, quiero que me tomes una foto junto al rosal que planté. Acaba de abrirse una rosa increíble... “Yo le respondí: Sí hijo, mañana tomaremos esa foto”.

Al día siguiente, la rosa no existía. El viento de la noche la deshojó en silencio. Cuando abrí la puerta del jardín, con la cámara en la mano, dispuesto a hacer hoy lo que debía de hacer ayer, ya era demasiado tarde. La mirada de mi hijo se me clavó en el alma.

Cuántas veces en la vida, lo que se tiene que hacer hoy, se deja para mañana de buena fe. Los resultados son tristes, el tiempo no pasa en balde, bastan a veces unas horas, unos minutos, unos segundos para que todo sea distinto... Era una rosa bella, sus pétalos amarillos lucían la mañana de ayer en forma espléndida, su apariencia era en verdad impresionante, pero esa rosa, ya no existe.

Sólo unos pétalos entre el pasto, sólo un tallo espinoso meciéndose burlescamente, y era la única rosa

del rosal, la única.

En la vida de todo ser humano puede repetirse lo que me sucedió ese día. En la vida alguien puede decirnos: “Por favor, ¿podrías decirme...?” “¿podrías darme...?” “¿podrías prestarme...?” Y nosotros también podemos contestar: “¡Mañana!”.

¡Cuidado! bien dice el proverbio legendario: “No dejes para mañana lo que puedas hacer hoy”. El pasado ya no existe; mientras escuchas mis palabras, el presente se diluye como agua cristalina en un cedazo... y cuando menos pienses, todo será “ayer”.

Del ayer no rescatamos nada. Si acaso, aquel recuerdo, aquella melodía, aquel deseo perdido, aquella ilusión despedazada. Del ayer, no queda nada. Sólo un mundo imposible que nace y muere en un suspiro.

Piénsalo bien: haz hoy lo que tengas que hacer, olvídate del mañana, vive hoy. No te vaya a suceder que Dios te pida un día algo y te halles en la angustia de querer fotografiar la rosa que ya no existe.

Los demás

Miña a tu alrededor. Ve cuánta gente vive junto a tu casa, en tu barrio, en tu colonia, en la ciudad entera. Ve en el camión, en la calle, en el metro, los rostros que ellos llevan. Observa qué gestos hacen, qué actitudes toman.

La gente es en la ciudad, aparentemente hosca, fría, abstraída en sus problemas, ausente en todo y por todo. Pero te aseguro que eso es apariencia, la gente podrá estar triste, frustrada, amargada, ajena, pero te aseguro que es buena gente.

Lo que pasa contigo o conmigo es que no sabemos tratar toda esa soledad viviente, no comprendemos sus angustias, no entramos a su pequeño mundo de aislamiento y hastío. Ciertamente es que cuando alguien es comprendido, responde con comprensión, así sea el ser más desdichado sobre la Tierra. Cuando alguien es estimado responde con estimación.

Ponte en el lugar del otro. Entenderás por qué es agresivo, hosco, indiferente. Si encuentras la for-

ma de ser más amable, más paciente, más tolerante, te sorprenderás de que te rodea, en verdad, muy buena gente.

Un gesto de actitud cordial, un saludo a tiempo, una disculpa simple, una leve sonrisa, no son precisamente tesoros. Son llaves que abren los cofres del tesoro. Hay una ley cósmica inevitable: sólo recogemos en la vida lo que con anterioridad, ya en pensamiento, ya en obra, hemos enviado.

Si procuras ser cordial, paciente, comprensivo, recogerás frutos insospechados. Aunque en ocasiones haya ingratos, déjalos. Tienen tanta culpa como el ciego que tropieza contigo. No te ven, ¿acaso pateas las piedras del camino...? ¡Esto ya sería el colmo de la necesidad!

La buena gente existe. Aprendamos tú y yo a descubrirla poco a poco a nuestro alrededor. Ahí está, vive, sobrevive, sueña y sufre como tú o como yo. ¿Qué esperas para comunicarte con ella?

No olvides esa palabra viva, ese gesto sencillo, esa actitud vital que te acercan al prójimo; son los caminos que te llevarán hacia ti mismo, sin que tú lo sospeches.

¡Cuesta tan poco y vale tanto encontrarnos buena gente!

Uno de estos días

Sí, sí... Uno de estos días empezaré a hacer lo que me gusta. Uno de estos días comenzaré a ahorrar palabras. Uno de estos días decidiré mi propia ley de observaciones humanas.

Porque uno de estos días en que me levante de buen humor, miraré mi corazón con los ojos cerrados en la autopista de la esperanza rumbo a la playa del no sé qué, buscando quién sabe qué cosas sin saber para qué.

Claro que uno de estos días, haré balance de mi tienda: tantas amarguras de ingreso, tantas sonrisas de gasto, tantas letras de cambio formadas por la desolación, tantos cheques sin fondos del banco de la ilusión... y el subtotal, en rojo... ¡Rojo de indignación!

Uno de estos días encenderé mi radio en la estación donde sólo leen poemas dedicados a los niños que no pudieron nacer. Esa estación creo que es "Radio sin alma, la emisora de las orejas rotas". Es muy interesante, sólo que hay que comprar boleto para escu-

char su transmisión. ¡La realiza en diez mil horizontes de potencial!

Uno de estos días contaré todas las letras del periódico y el resultado lo dividiré entre siete. El número que salga, será el de las horas de vida que me quedan para tenerme fe.

Uno de estos días... ¡Desde luego que sí! ¡Uno de estos días sabré quién soy, de dónde vengo y para dónde voy!

Entonces podré amar a mi prójimo como a mí mismo y me encontraré a Moisés, en el mercado, vendiendo posters de los diez mandamientos a cuanto pecador tenga en la bolsa un peso disponible.

Uno de estos días les diré por qué escribí las cosas anteriores, porque parecen no tener sentido, pero... Uno de estos días, entenderé lo que nos pasa a ti y a mí, sí, en uno de estos días...

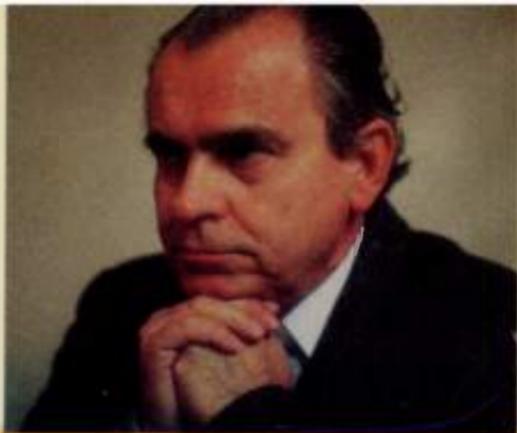
INDICE

El circo de la vida	9
La naturalidad	13
Un centavo de ilusiones	15
Ese berrinche diario	17
El imperio del polvo	19
Nuestras contradicciones	21
La multitud solitaria	23
El prodigio de nacer	25
Nuestros oficios	29
El poder de la infancia	33
La importancia de las pocas pulgas	35
Comunicación contigo	37
La ocupación y la preocupación	39
La lección del fracaso	41
El olvido	43
La mujer que trabaja	45
El desencanto de la Luna	49
La extraña voluntad	53
El supermercado de la muerte	55
La fuerza de la debilidad	57
Cómo perder el tiempo	59
Algo sobre los animales de Dios	63
Los centinelas del más allá	65
El aprendiz de poeta	67
El arte de desconfiar	69
La acción triunfadora	73
Desde el aire	75
Un trabajo de equipo	77
Este pequeño planeta azul	81
Mi hijo, el actor	83
Las palabras inútiles	85
La sabiduría	87
Las indefensas mujeres	89

Un nuevo día	91
Los misterios de un payaso	93
La ancianidad	95
Los problemas del estacionamiento	97
Astrología	99
Algo de la patada	101
Los desesperados	103
La fotografía	105
La envidia	107
La sal, ese tesoro de la Tierra... ..	109
La gente	111
El arte de perder amigos	113
El mundo de los ciegos	115
Los boxeadores	117
La palabra	119
La gran lección del mar	121
La fuerza de la costumbre	123
La bicicleta	125
Los artesanos de la risa	127
La verdadera educación	129
Una lágrima	131
Los amargados	133
La adolescencia	135
La tolerancia	137
La educación de los padres	139
El optimismo auténtico	141
Adoptar un niño	143
Los silenciosos conejos	145
El escepticismo	149
Elogio y crisis de la mecedora	153
Los días sin color	155
Las giras	157
La economía y el matrimonio	161
La sabia inutilidad	163
La inspiración	165
Unos proverbios chinos	167

La armonía de los contrarios	169
Parentescos y problemas	171
La nostalgia	173
Don Nadie	175
La otra humanidad	179
Dos breves y únicas palabras	181
El hombre y la mujer	183
La nobleza del árbol	185
La rosa que ya no existe	187
Los demás	189
Uno de estos días	191

Este libro se terminó de imprimir el día 28 de febrero de 1990 en los talleres de Jiménez Editores e Impresores, S.A. de C.V. en 2o. Callejón de Lago Mayor No. 53, Col. Anáhuac C.P. 11320. La edición consta de 5,000 ejemplares más sobrantes para reposición; el cuidado de la edición estuvo a cargo de los autores.



Ramiro Garza. Monterrey, 1930. Locutor, Comentarista, Escritor.

Primeros poemas publicados en Monterrey, 1949. *A la Estrella Vacía* (1951) *Solar Poniente* (1953) *Otro Mundo, Otro Amor* (1960) *El Quinto Reino* (1965) *Hablemos de...*, Vol. I (1977) *Colección de Poemas* (1980) *Hablemos de... Vol. II* (1982).

Comunicador incansable de radio. Profesor desde muy joven en Monterrey y en México, (Universidades: Anáhuac, Iberoamericana, UIC, Regiomontana), conferencista y experto en programación y producción radiofónica. Su inquietud ha sido manifiesta en pro del apoyo a la juventud, a las nuevas inquietudes. Este volumen de "Hablemos de..." es una breve antología de artículos que él mismo define como artículos de "comunicación personal".

Reconocido nacional e internacionalmente como una autoridad en comunicación masiva, su labor literaria ha abarcado desde la poesía hasta el ensayo, desde la narración y el cuento hasta el texto insólito o de humor.

Al abrir este libro, en cualquiera de sus páginas, usted encontrará de inmediato un reflejo valioso de humanidad, orientación y creatividad alentadora.

